4172

EL TEATRO,

COLECCION DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS.

ENTRE SOLTEROS

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

JAVIER GAZTAMBIDE.

Estrenada con aplauso en el Teatro de la Comedia, la noche del 6 de Febrero de 1878.

MADRID.

ALONSO GULLON, EDITOR.

Pez, 40, segundo.

1878.

ENTRE SOLTEROS

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/entresolteroscom21820gazt

ENTRE SOLTEROS

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

JAVIER GAZTAMBIDE.

Estrenada con aplauso en el Teatro de la Comedia, la noche del 6 de Febrero de 1878.

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO
de los Sres. J. C. Conde y Compañía, Caños, 1
1878

PERSONAS.	ACTORES.
PETRA	Srta. Morera.
DON ANGEL	Sr. Romea.
D. SILVESTRE	Sr Ballesteros.
ENRIQUE	Sr. Viñas.

La accion, en San Sebastian, en nuestros dias.

Por derecha é izquierda, *siempre* las del actor.

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales se haya celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los señores comisionados de la galería *El Teatro*, perteneciente á don ALONSO GULLON, son los exclusivos encargados de conceder ó negar el permiso de representacion, del cobro de los derechos de propiedad y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL SR. D. MARIANO FERNANDEZ.

Para Vd. fue escrita esta comedia, en Abril de 1877, y por Vd. fué aceptada en la misma época: mas el diablo, que todo lo enreda, hizo de modo que, contra su voluntad de Vd. y la mia, tuviese yo que renunciar á que Vd. la estrenase, aun en la presente temporada.

Pero lo que es el gustazo de dedicársela, no hay quien me lo quite.

Suyo, afectísimo S. S. Q. B. S. M.

Javier Gaztambide.

Madrid, 8 de Febrero de 1878.

612934

ACTO ÚNICO.

Sala elegante, con puerta de entrada en el fondo: á derecha é izquierda cuartos en primer término y balcones en segundo. Cerca de cada cuarto un velador pequeño; junto á cada velador, hácia el centro de la escena, una silla ó butaca.

ESCENA PRIMERA.

PETRA, D. ANGEL, D. SILVESTRE, ENRIQUE.

Todos entran por el foro: Petra y Enrique del brazo; detrás los otros dos.

PETRA. Soberbio paseo hemos dado!

D. ANGEL. Como guiados por mí.

PETRA. Crean Vds. que estoy cansada. (Se sienta junto al velador de la derecha.)

ENRIQUE. Y yo.

D. SILVESTRE. ¡Ay! (Dejándose caer en una butaca junto al velador de la izquierda.) Yo no puedo más!

D. ANG. Usted se está echando á perder, Sr. D. Silvestre! A Vd. lo que le convenia.....

D. SILV. Sí; no hacer caso del médico cuando me dice que á mi mujer le hacen falta baños de mar.

PETRA. ¡Muchas gracias!

ENRIQUE. La salud antes que todo!

D. ANG. A Vd. lo que le convenia era establecerse aquí, en San Sebastian.

D. SILV. Eso no! En Búrgos he nacido, y en Búrgos quiero morir. Ay! Qué gana tengo de verme en mi casita!

D. ANG. Tal mal lo tratamos á Vd. aquí?

D. SILV. Oh! todo lo contrario! Usted, D. Angel, es el fondista más generoso y más amable que puede darse: nos trata Vd. á cuerpo de rey. Y á propósito, de qué buena gana almorzaria yo ahora!

PETRA. ¡A las nueve de la mañana?

D. SILV. El paseo me ha abierto un apetito, que me comeria.....

D. ANG. Un par de pollos tan tiernos como los de ayer?

D. SILV. Qué ricos! No dejaba ni los huesos.

D. ANG. Pues ea; ya tiene Vd. preparado ese tente en pié. Es un obsequio mio.

PETRA. Usted nos abochorna á cada paso con sus finezas! (Levantándose.)

D. ANG. Señora!... ¿Quiere Vd. callar?—Conque... entre Vd. en su cuarto, D. Silvestre, que voy á dar órden para que le sirvan en seguida. (Vase por el foro.)

D. SILV. Ay, señor D. Angel! Vd. es mi ángel tutelar.—¿Quiere Vd. acompañarme, D. Enrique? (Levantándose.)

ENRIQUE. Mil gracias; buen provecho.

D. SILV. Entras tú? (A Petra entrando en el cuario de la izquerda.)

PETRA. Voy al instante.—¿Aunque reciba Vd. malas noticias de Bayona, Vd. no se marchará hoy mismo? (A Enrique, rápido y bajo)

ENRIQUE. Mi felicidad sería no separarme nunca de Vd!... (Contestándola en la misma forma)

PETRA. Jesús!... (Con rubor.)

ENRIQUE. Pero si la novedad de mi hermano se confirma...

PETRA. Cuánto lo sentiré!

ENRIQUE. Gracias! (Con efusion, tendiéndole la mano: Petra le dá la suya y él se la besá.) Divina!!

PETRA. ¿Qué hace Vd.?—D. Angel! (Rápido y bajo, reparando en éste que entra por el foro.) —Conque hasta luégo. (Alto; despidiéndose de Enrique con un apreton de mano.—Entra en su cuarto.)

ENRIQUE. Hasta luégo, que le traeré á Vd. el cuaderno de paisajes.

ESCENA II.

D. ANGEL, ENRIQUE.

D. ANG. Enriquito, Enriquito!.. qué se vá Vd. propasando!..

ENRIQUE. Ya sabe Vd. mi debilidad: son mi flaco las mujeres casadas. Y ésta me entusiasma como ninguna! Hay en ella una mezcla de travesura y de candor!.. Vamos, no se parece en nada á las que ántes he tratado.

D. ANG. Se casaria Vd. con ella si fuese soltera? (Muy confidencial.)

ENRIQUE. Un demonio! Lo que es eso... Yo esclavizarme? Jamás!

D. Ang. Pues á mí me gusta tanto la Petrita, que si estuviese soltera, como hace un año, la hacía propietaria absoluta de mis propiedades, de mi albedrío, de mi corazon, de mi cabeza, de mi mano... en resúmen: me casaba con ella! Y á usted, cortejador impertérrito de mujeres casadas; á Vd., que parece que va más léjos que yo sobre ese punto; á Vd., y á los que como Vd. y como yo tienen la debilidad de codiciar la mujer del prójimo, cuando viniesen á saludarme les contestaria con un trabucazo!

Enrique. Ah, camastron!.... Conque esas tenemos? *No la hagas y no la temas*! Bien dice el proverbio.

D. Ang. Ay, D. Enrique! yo me creia casi curado: pero al ver que doña Petra me gusta más todavía que de soltera, me he convencido de que no tengo remedio. Como no sea que casándome.....

Enrique. Lo cual seria peor que la enfermedad.

D. Ang. Sin embargo, crea Vd, que cuando uno sobra ha llegado á los cuarenta..... Ay! de qué buena gana haria yo mi compañera de la Petrita, si hubiese venido soltera como el año pasado; pero ha tenido el mal gusto de casarse con su tio!.... Casarse con un tio!....

Enrique. Y con un tio que le dobla los años!

D. Ang. Con creces!

Enrique Tiene ella ménos de veinticinco?

D. Ang. No tiene él más de cincuenta?

Enrique. Ella me ha dicho que su marido le dobla la edad. Si él supiera con qué buenos ojos me mira su mujer!....

D. Ang. Presuncion de Vd.!

ENRIQUE. Presuncion? Como la novedad de mi hermano no se confirme; como pueda yo permanecer aquí ocho dias más, conquisto á esa sobrina de su marido.

D. ANG. Es que yo lo impediré!

ENRIQUE. D. Angel! Se declara Vd. mi rival?

D. ANG. Me declaro el Angel de la Guarda de Petra.

ENRIQUE. Yo soy el diablo, y me atrevo á vencer á usted.

D. ANG. Lo veremos!

ENRIQUE. Mire Vd. que soy capaz!...

D. ANG. Yo, hasta de revelar á D. Silvestre sus intenciones de Vd.

ENRIQUE. Eso seria una barbaridad!

D. ANG. Pues cuente Vd. con ella.

ENRIQUE. No hará Vd. tal cosa!

D. ANG. De Vd. depende.

ENRIQUE. Es envidia?

D. ANG. Caridad!

ESCENA III.

Los mismos, PETRA (Con una botella en la mano.

PETRA. Ay, señor D. Angel! Vd. obsequia demasiado á mi esposo, y le perjudica. La superior calidad de este vino le seduce, y ya sabe Vd. que no puede excederse: he tenido que quitarle la botella: mejor es que la guarde usted. (Entregándosela.)

D. ANG. Ay, si yo tuviera quién me cuidase así!.. (Yendo á dejar la botella sobre el velador de la derecha.)

PETRA. Cásese Vd.

D. Ang. Y si no encuentro una mujer como la de don Silvestre?

Petra. Jesús!..

Enrique. Cuidado con resbalarse! (Aparte á D. Angel.)

Petra. Iremos al castillo esta tarde, D. Enrique?

Enrique. Si el correo no me trae malas nuevas, me tiene Vd. á su disposicion.

Petra. Gracias.

Enrique. Entre tanto, voy á traerle á Vd. el cuaderno de paisages que le he prometido.

D. Ang. Verá Vd. qué bonitos son! (A Petra.)

Enrique. Voy á sacarlo ahora mismo. (Se va por el foro.)

ESCENA IV.

Petra, D. Angel, D. Silvestre.

D. Silv. Pues señor, ya soy otro hombre! (Saliendo de su cuarto.)

D. Ang. Qué tal los pollos?

D. Silv. Como lo dije: me he tragado hasta los huesos. Y con ese vino, con ese néctar que usted me ha regalado!... Qué á gusto me emborracharia yo con él si no temiese las consecuencias!

D. Ang. Haga Vd. lo que hicieron dos parroquianos mios.

Petra. Qué hicieron, D. Angel?

D. Ang. A uno de ellos le habian aconsejado, que si queria beber impunemente cuanto vino le diese gana, tomase una gran turca; y pasada ésta, en lugar de refrescos para calmar

la irritacion, otra turca soberana! y por último, una tercera.

D. SILV. Caracoles!

D. ANG. Así lo hizo, y hoy lo tiene Vd. tan campante; y beba lo que beba, tan fresco y tan sereno.

D. SILV. Quién pudiera hacer otro tanto!

PETRA. Diga Vd.; y el otro parroquiano?

D. ANG. El otro...—Era francés;—en cuanto supo lo que habia hecho el español, no quiso ser ménos; pero á la segunda turca reventó.

D. SILV. Zape!

D. ANG. Conque si quiere Vd. probar fortuna, D. Silvestre, tal vez resista Vd., como su compatriota, á la segunda chispa; y entonces es probable que á la tercera...

D. SILV. Sí!...

D. ANG. Reviente Vd. como el francés.

PETRA y SILV. Ja, ja, ja, ja!

PETRA. Este D. Angel es delicioso!

D. ANG. (Ay! tú si que eres deliciosa!) Ea; dejo á Vds. (Mirando su reloj.) el correo debe haber llegado ya, y espero con interés carta de Bayona.—Hasta luego. (Se va por el foro.)

D. SILV. Hasta luego, D. Angel.

PETRA. Adios.

ESCENA V.

PETRA, D. SILVESTRE.

PETRA. Ay, querido tio! Qué ma! hemos hecho en venir al fin de la temporada! Apenas quedan

ya bañistas. Luego, ese D. Enrique quizá tenga que marcharse de un momento á otro.....

D. SILV. Mira, Petra; en lo que hemos hecho mal, ha sido en presentarnos como marido y mujer; yo no sé desempeñar mas que mi papel de soltero: ya estoy harto de fingir!

PETRA. Pues yo estaba aburrida de que nadie me hiciera caso!—Ya ve Vd. qué diferencia! Ahora todos me obsequian: el verano pasado me sucedia aquí lo que en Búrgos; nadie se fijaba en mí. El único que, siempre tan amable y tan atento, me distinguia bastante, era D. Angel.

D. SILV. Es lo más simpático!...

PETRA. Y aun ese mismo, cuánto más solícito en obsequiarnos no lo encontramos ahora?—Ay! me aterra la idea de volver á Búrgos, donde estoy arrinconada, hecha una solterona, mientras que mis amigas con sus maridos del brazo...

D. SILV. Ese es el quid! Por qué no te casaste? Pues pocas habrán tenido tantos pretendientes como tú.

PETRA. Ya sabe Vd. que mi padre no encontraba ninguno de su gusto.

D. SILV. Sí; mi hermano...—Dios le haya perdonado:—creia que te iba á casar lo ménos con un príncipe.

PETRA. Pero yo no pienso tan en grande.

D. SILV. Y haces bien! Has cumplido treinta...

PETRA. Chisssss! (Tapándole la boca.) No sea Vd. cruel! Yo no quiero pasar de veintidos.

D. SILV. Si te hubieras muerto hace ocho años, habias logrado ese deseo.

PETRA. ¿Quiere Vd. martizarme? Ahora que estoy tan contenta!... (Muy confidencial.) Sabe Vd. lo que me decia Enrique cuando volvíamos de paseo?

D. SILV. Qué te decia? (Con interés.)

PETRA. Que quisiera haberme conocido soltera, ó que Vd., en lugar de doblarme la edad, me la triplicase.

D. SILV. Vamos, desea mi muerte. Mira tú por dónde me he echado yo un enemigo!

PETRA. Ay, tio! Si Vd. le oyera...: Qué rendido! qué enamorado!

D. SILV. Hum!... Me fio tan poco de esos madrileños!...

PETRA. Es preciso que hoy mismo sepa que soy soltera.

D. SILV. Sí, si; acabe ya esta farsa.

ESCENA VI.

Los mismos, ENRIQUE, D. ANGEL.

ENRIQUE. Petrita? (Entrando por el foro con D. Angel.) Aquí tiene Vd. los paisajes. (Con marcada intencion.) Fíjese Vd. en el último. Es el que más estimo de cuantos llevo hechos.

D. ANG. Todos son preciosos.

ENRIQUE. Ahora, dejo á ustedes; voy á poner un telégrama á Bayona, para que me contesten enseguida de una manera clara y terminante: el cartero ha venido, y no ha traido carta para mí.

PETRA. (Me alegro!)

ENRIQUE. Yo, que la esperaba con un ánsia!... Hasta luego.

PET. y D. SIL. Adios.

ESCENA VII.

Los mismos, ménos ENRIQUE.

D. ANG. Si Vd. me permite, yo le iré explicando detalladamente todos los paisajes. (Tomando el cuaderno de manos de Petra.)

PETRA. Con mucho gusto; pero ántes voy á componerme un poco, y así estoy preparada para la hora del almuerzo.

D. SILV. Yo me quedo aquí charlando con nuestro simpático D. Angel.

PETRA. Como quieras. (Entrando en su cuarto.)

D. ANG. (*Fíjese Vd. en el último*: (Hojeando el cuaderno.) le ha dicho con gran intencion.—Que veo!—«Es preciso que hablemos despacio, pero sin testigos»). (Leyendo en el cuaderno.)

ESCENA VIII.

D. ANGEL, D. SILVESTRE.

D. SILV. Conque... mi querido D. Angel.

D. ANG. (Pues señor, yo reviento, y salga lo que salga.)—Hace poco, me ha llamado usted, por galantería, su ángel tutelar.

D. SILV. Cómo por galantería? Yo soy de los de... *al pan, pan; y al vino, vino.*

D. Ang. De cualquier modo, ha dicho Vd. una gran verdad.

D. Silv. Quién lo duda? Pero á qué viene?....

D. Ang. Chis! (Con gran misterio.) Su mujer de Vd. es guapísima!

D. Silv. Toma! Y ahora se desayuna Vd.?

D. Ang. Es que..... Vd. debe vivir con mucho ojo!

D. Silv. Hombre!....

D. Ang. Ese jóven..... D. Enrique, es la audacia personificada.

D. Silv. Hola!....

D. Ang. Es otro D. Juan Tenorio! Y no le gustan sino las mujeres casadas.

D. Silv. Oh! pues á D. Juan Tenorio le gustaban tambien las solteras.

D. Ang. Ello es que D. Enrique..... D. Enrique .... (Vacilando.) Le hace el amor á doña Petra! (Resuelto.) Claro!

D. Silv. Claro? Pues yo encuentro eso muy turbio. Vamos, Vd. ha soñado.

D. Ang. D. Silvestre!..... Créame Vd. Lo que le he dicho es la verdad. Y no es extraño que suceda lo que sucede: su esposa de Vd. tiene gran atractivo, y hay muchos solterones que andan á caza de gangas. Yo soy uno de ellos.

D. Silv. ¡Usted? Alabo la franqueza!

D. Ang. Es decir, lo he sido; lo he sido.... y furibundo. Así es que me he visto en unos lances!... Más de una vez he creido llegada mi última hora, temiendo ser descubierto por un marido

D. Silv. Si le pescan á usted, lo escarmientan para siempre!

D. Ang. Cá! Si las hembras, con su sal y pimienta, hacen del hombre más cobarde hasta un héroe.

D. SILV. Es verdad. Sin embargo, no han hecho todavía que Vd. llegue á la heroicidad de casarse.

D. ANG. Usted tiene la culpa.

D. SILV. ¡Yo? (Con suma extrañeza.)

D. ANG. Si Petrita se encontrase ahora soltera, como el verano anterior, nadie la llevaba al altar, sino este cura. (Con gran complacencia, señalándose á sí mismo.)

D. SILV. ¡Usted? (Lo que descubro!!)

D. ANG. Pero hombre!... Qué idea le dió á Vd. de casarse con su sobrina?

D. SILV. Pues qué, se le figura á Vd. que á mí no me gustan las mujeres guapas?—Y Vd., por qué no me la pidió el año pasado?

D. ANG. Si es que de casada me gusta mucho más!

D. SILV. Ah! bribon!

D. ANG. Si no puedo remediarlo! Si Vd. no sabe el mal que me ha hecho, casándose con su sobrina!

D. SILV. Demodo, que si yo ahora me muriese?...

D. ANG. Ay, D. Silvestre! Me hacia Vd. feliz! (Abrazándole con entusiasmo, despues de dejar caer el cuaderno al suelo.)

D. SILV. Muchas gracias! Pero no apriete Vd. tanto. (D. Angel lo suelta.) (Este la quiere de veras.)

D. ANG. No dirá Vd. que no procedo con lealtad y franqueza. Por lo mismo, hágame Vd. el favor de enviar noramala á D. Enrique.

D. SILV. Vuelta con D. Enrique! No sea Vd. aprensivo!

D. ANG. No sea Vd. obcecado!—Lea Vd. (Levantando el cuaderno, é indicando una página á D. Silvestre.)

D. SILV. Qué jerga es ésta?—*Il faut que nous parlions...* (Leyendo con dificultad, y tal como está escrito.)

D. ANG. Ah! que Vd. no sabrá francês.

D. Silv. Yo no: Petra es la que lo entiende.

D. Ang. Pues aquí dice: «Es preciso que hablemos despacio, pero sin testigos.»

D. Silv. Aquí dice eso? (Muy tranquilo, despues de haber pasado el cuaderno á sus manos.) Hombre, parece mentira!

D. Ang. Pero Vd. es de estuco! No estalla Vd. en furor?

D. Silv. Que si estallo? ¡Va Vd. á ver lo que es bueno! (Fingiendo gran enojo.)—Petra! (Acercándose á su cuarto.)

D. Ang. ¡Qué hace Vd.?

D. Silv. Llamarla, para enseñarle... (Por el cuaderno.)

D. Ang. Hombre no! Ella debe ignorar... Acaso estè inocente.

D. Silv. Inoconte?—Petra!—El inocente es usted.—Petra!

ESCENA IX,

Dichos, Petra.

Petra. Aquí estoy! Qué voces!...

D. Ang. Calma, D. Silvestre!

D. Silv. Calma?—Lea Vd., señora, lea Vd.!—(Entregándole el cuaderno bruscamente.) D. Angel me lo ha traducido.—Déjenos un momento solos. (A D. Angel, llegándose hasta él.)

D. Ang. Eso si que no! Yo debo impedir una catástrofe.—Este es mi puesto! (Con resolucion.)

D. Silv. Este? No; si acaso más léjos: (Llevándolo hasta la puerta de la derecha.) tengo que decir aparte á mi mujer cosas que Vd. no debe oir. Y si las oye, hágase el sordo. (Se vuelve hácia Petra.)

D. Ang. Es que yo velo por ella! (Siguiendo á D. Silvestre.) Este se vuelve.)

D. SILV. Usted, aquí; quietecito. (Colocándolo donde antes, y volviendo al lado de Petra.)

PETRA. Yo no he dado pié para esto: me asombra la osadía de D. Enrique! (Dejando el cuaderno sobre el velador de la izquierda.)

D. ANG. Ah! señora! no sabe Vd. de lo que es capaz!

D. SILV. Tengo muy malas noticias de él! (Bajo y rápido á Petra.) No le gustan sino las mujeres casadas.

PETRA. Hola!...—Ya no puede tardar: llévese usted á D. Angel. (Lo mismo que D Silvestre.)

D. ANG. Hablaban Vds. de mí? (Yendo hácia ellos.)

D. SILV. Chiss! quieto! —Pronto acabamos. (Desde su sitio.) —D. Angel vuelve á donde estaba.)—Tengo una gran noticia que comunicarte! D. Angel se muere por tí! (Aparte á Petra,)

PETRA. D. Angel! (Sorprendida)

D. SILV. Y deplora que te hayas casado.

PETRA. ¡D. Angel?

D. ANG. Me necesita Vd., señora? (Viniendo al proscenio.

PETRA. Oh! sí! - (Disimulo!) (A D. Silvestre.) Mi esposo está acalorado, ciego! Duda de mí!

D SILV. Calle usted, señora, calle usted!

D. ANG. Calma, D. Silvestre!

PETRA. Ah, por piedad!... llévesele Vd! convénzale de que soy inocente.—(A D. Angel, cogiéndole de la mano.) Porque usted no me creerá culpable?

D. ANG. Señora!... si alguien la ofende, aquí estoy yo!

PETRA. Gracias! Gracias!

D. SILV. Hombre!.. vámonos, porque me ahoga la ira! Yo necesito aire! cielo! tierra! mar!

D. ANG. Nada de eso! (No ve Vd. que puede venir don Enrique?) Lo llevaré á Vd. á mi despacho. (Señala al cuarto de la derecha.)

PETRA. Ah! no, no! Llévele Vd. á la calle; que se refresque.

D. Ang. Señora!.. no es prudente...

D. Silv. Si encuentro á D. Enrique, lo trituro! (Se va por el foro.)

Petra. Se lo suplico, D. Angel! Me negará Vd. esa gracia?

D. Ang. ¡Qué he de negarla? Mándeme rodar, y rue lo. (Sigue á D. Silvestre.)

Petra. No se aparte Vd. de mi esposo por nada de este mundo!

ESCENA X.

Petra.

(Se sienta junto al velador donde está el cuaderno, y lee.) «Es preciso que hablemos despacio, pero sin testigos.» (Pausa.) Será cierta su pasion? (Meditando.) Que no le gustan sino las mujeres casadas.—Vaya un gusto!—Quién le habrá dicho eso á mi tio? Acaso don Angel...—Don Angel!... Estará, con efecto, enamorado de mí?—Ese es el hombre que más me convenia! Rico, de bello carácter, de edad proporcionada á mi edad... He ahí lo que me disgusta en Enrique: lo menos le llevo cinco años. (Leve pausa.) Pero es tan fino! tan elegante! tan...—Eso es! Precisamente! (Meditando.) Tan... seductor: quizá sea el adjetivo que mejor le cuadre. (Pausa.) ¡Si fuese un libertino!...—Vamos con tiento: aquí lo que conviene es explorar el terreno. (Pausa.) Y don Angel?.... Vaya con don Angel!—La verdad es que á ninguno le he merecido las atenciones y el respeto que á él, ya de soltera, ya de

casada. Casada!! (Suspirando.) hasta de mentirigillas me gusta serlo! Nada, nada. lo dicho: aquí lo que conviene es explorar el terreno.

ESCENA XI.

PETRA, ENRIQUE.

ENRIQUE. Gracias á Dios que nos vemos solos! (Entrando por el foro.)

PETRA. Jesús! Me ha asustado usted! (Levantándose.)

ENRIQUE. Asustarla!... No es eso lo que yo quiero! Lo que yo quiero es agradarla! amarla! adivinarla!...

PETRA. Dónde va Vd. á parar? (Sonriendo.)

ENRIQUE. He visto de léjos á su esposo de Vd., y he volado!...—Se dirigia á la playa con don Angel. Este ha debido verme, pues volvia con frecuencia la cabeza como para mirarme.

PETRA. Y bien, don Enrique? Ya me he fijado en el último paisaje.

ENRIQUE. Don Enrique!... Por qué me llama Vd. así? el *don* está de más.

PETRA. Oh! No! Soy casada, estamos solos, y usted tiene el *don* de fascinar: por lo tanto, bueno es que haya entre los dos algo que infunda respeto.

ENRIQUE. El don de fascinar!... Ay! Ojalá! Ojalá, fascinada por mí, accediese Vd. á mis súplicas! —Qué encanto puede tener para Vd. la vida, casada con un hombre como su tio? Rompa usted esa cadena que la esclaviza! Huya conmigo, y gozaremos juntos de la felicidad suprema.

PETRA. (Con dignidad.) Don Enrique! Si yo aceptase lo que Vd. me propone, cometeria una infamia!

ENRIQUE. Uniéndose á D. Silvestre, ha cometido usted un crímen. Un crímen del cual haya quizá varias víctimas. Acaso más de un jóven tendria puestos sus ojos en esos ojos divinos! (Por los de Petra.)

PETRA. Sí, buenos son ustedes! en hablándoles de *casaca*...,—Estoy segura de que si Vd. me hubiera conocido aquí el verano anterior, y por lo tanto, soltera, no me habria hecho caso.

ENRIQUE Señora!.. me ofende Vd.! (A esta le han ido con cuentos.) Si yo la hubiera conocido soltera, hoy no deploraría el matrimonio absurdo que ha contraido; hoy sería Vd. ya mi esposa.

PETRA. De véras? (Con pasion.)

ENRIQUE. Tan de véras como es grande el amor que la profeso.

PETRA. (Ahora lo veremos.) Pues bien, Enrique, le creo á Vd.: y en prueba de que le creo, voy á hablarle con la mayor franqueza.

ENRIQUE. Me tiene Vd. pendiénte de sus lábios.

PETRA. Fácilmente comprenderá que yo me juzgaria feliz llamándome su esposa. Pues bien; de Vd. depende que en breve sea un hecho esa felicidad. ...

ENRIQUE. ¡Cómo? (Sorprendido.)

PETRA. Razones poderosas me han obligado á presentarme como casada con mi tio; pero soy soltera.

ENRIQUE. ¡Soltera? (Qué es esto?)

PETRA. Por lo tanto, hable Vd. con él, que accederá

gustoso á nuestros deseos, y todo puede arreglarse al instante.

ENRIQUE. (Serenidad!)—Petra... dispénseme Vd. que dude de la sinceridad de sus palabras.

PETRA. Enrique!.. (Ofendida.) (Este no se casa.)

ENRIQUE. Creo que son un ardid para probar si mi amor es cierto.

PETRA. Lo que he dicho es la verdad. (Con dignidad.)

ENRIQUE. (Me clavó!)

PETRA. Tan verdad... como mentira su amor de usted.

ESCENA XII.

Dichos, D. ANGEL.

D. ANG. D. Enrique? (Entrando por el foro.)

ENRIQUE. (Bendito seas!)

D. ANG. En su cuarto de Vd. le espera D. Silvestre.

ENRIQUE. Voy al momento.

D. ANG. Parece que tiene que hablarle de un asunto importante.

ENRIQUE. Será relativo á nuestra conversacion..... (A Petra.)

PETRA. No creo..... (Con desden.)

ENRIQUE. A los piés de Vd.

PETRA. Beso á Vd. la mano.

D. ANG. (¡Qué sequedad!....)

ENRIQUE. (Esto ha sido una emboscada!) (Marchándose por el foro,)

ESCENA XIII.

PETRA, D. ANGEL.

PETRA. Infames hombres! Merecian!....

D. ANG. Gracias, Petra! (Irónico, sonriendo.)

PETRA. Ah! perdóneme Vd., D. Angel! Mi indignacion no puede alcanzarle.—Todo lo contrario!—Usted es el hombre más digno de aprecio que he conocido.

D. ANG. Quiere Vd. que me sonroje? (Bendita sea tu boca!)

PETRA. Se lo digo con la mayor ingenuidad.

D. ANG. Señora!.... No me hable Vd. de ese modo! (Se me está poniendo carne de gallina!)

PETRA. El quejarme de los hombres ha sido un desahogo de mi corazon.

D. ANG. Apuesto á que D. Enrique tiene la culpa! (De pronto.)

PETRA. Algo hay de eso!

D. ANG. Se habrá propasado....

PETRA. Pero lleva buena leccion! En cuanto ha sabido que soy soltera.....

D. ANG. Que es Vd. soltera! (Con explosion de júbilo.)

PETRA. Es decir, se lo he hecho creer para probar si su amor era cierto. (Mio es D. Angel!)

D. ANG. Señora!.... Por qué gasta Vd. esas bromas? (Con desaliento, dejándose caer en la silla que hay junto al velador de la derecha.)

PETRA. Gracias á ese ardid he podido arrancarle la máscara! Bonita soy yo!.... No lo sabe usted bien, D. Angel.

D. ANG. Qué no lo sé?... (Levantándose.) Qué no lo sé?... Es Vd. más que bonita! Es Vd. preciosa! hechicera! divina!...

PETRA. Pero Vd. se está burlando de mí?

D. ANG. Burlarme?... Si yo me muero por decirla que la luz de sus ojos me tiene ciego! tonto su discrecion! que su gracia, su juicio, su trato, su... todo! que volverán desgraciado, loco, intratable, en fin... nulo! (Leve pausa.)

PETRA. Y por qué no me dijo Vd. todo eso el verano pasado? (Lentamente, manifestando gran asombro.)

D. ANG. Señora... (Perplejo, sin encontrar salida.) Porque así estaria dispuesto. (Pausa.)

PETRA. Y por qué me lo dice Vd. ahora, cuando ya no tiene remedio? (De pronto, con rapidez.)

D. ANG. Porque estará dispuesto así! (Contestando en la misma forma que Petra ha preguntado.) (Pausa.)

PETRA. Así son Vds. los hombres!... (Contemplando á don Angel con gran fijeza.)

D. ANG. (Ay, qué ojos!... Esta mujer me precipita!)

PETRA. Miran con indiferencia las flores que encuentran en su camino, y se desviven por ellas cuando otro las ostenta.

D. ANG. Es verdad! Pero yo que siempre la he mirado á Vd. con predileccion, con cariño, con amor! (Contemplándola extasiado.) (Transicion.)—Señora, huya Vd. de mí! No me vuelva á ver jamás, ó me propasaré para como don Enrique!

PETRA. Y si el ardid empleado con éste no fuese tal ardid? (Con calma.)

D. ANG. ¡Qué? (Alarmado.)

PETRA. Si al decirle: «Soy soltera;» le he dicho la verdad?

D. ANG. Volvemos á las andadas? No sea Vd. cruel! no gaste esas bromas!

PETRA. No lo son, don Angel. (Muy formal.)

D. ANG. Que me muero de gusto!

PETRA. No, no! no se muera Vd., que yo lo necesito!

D. ANG. Mire Vd., mire Vd. cómo me flaquean las piernas! (Cayendo de rodillas á los piés de Petra.)

PETRA. Ahí van mis manos.—Levántese usted. giendo las de don Angel.)

D. ANG. Benditas sean! (Besándolas.)

ESCENA ULTIMA.

Dichos, D. SILVESTRE. (Por el foro.)

D. SLV. Qué veo?—Cómo se atreve Vd., á mi mujer?...

D. ANG. Qué mujer, ni qué ocho cuartos! (Levantándose.)

PETRA. Todo lo sabe, tio.

D. ANG. Además, aunque lo fuera! ¿No le he dicho á usted... «usted debe vivir con mucho ojo?»

D. SILV. Pero Vd. se referia á D. Enrique...—A propósito! acaba de recibir un telégrama, y se marcha hoy mismo.

PETRA. Vaya bendito de Dios!

D. ANG. Bendita sea la farsa que ha representado usted, (A Petra.) y bendito este dia que me hace tan feliz!

(Al público.)

La dicha que presiento
me enseña ahora,
que anhelar sólo debo
la mujer propia.
Un propósito firme,
de firme enmienda,
me anda escarabajeando
por la conciencia.
Si está dispuesto,
Dios hará que se cumpla.
Quiéralo el cielo! (Suspirando fuertemente.)
—Mujer del prójimo!...
si á inquietarme no vuelves,
seré dichoso.

FIN.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En las librerías de *La Viuda é hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9, y de *Durán*, Carrera de San Gerónimo.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.

Precio, 4 rs.

585

Amor y arte

AMOR Y ARTE.

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON ENRIQUE GASPAR.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1881.

PERSONAJES.

GABRIELA, 18 años.
BETHSABÉ, judía, 16.
DOMINGO EL GHIRLANDAJO, 43 (léase Guirlandayo).
MIGUEL ÁNGEL BUONAROTI, 20.
PEDRO II DE MÉDICIS, 24.
FR. GERÓNIMO SAVONAROLA, prior de S. Marcos, 42.
ANDRÉS EL DE LOS AHORCADOS, 80.
FABRICIO... } Discípulos del Ghirlandajo.
COSME..... }
Acompañamiento.

Florencia 6 de Noviembre de 1494.

Á NUESTRO GRAN POETA

EL EXCMO. SEÑOR

DON GASPAR NUÑEZ DE ARCE.

Querido Gaspar: La intervencion de la Historia en este drama es tán insignificante que no creo que la crítica me tome en cuenta las alteraciones que en ella me he permitido. Obra de pura imaginacion, sólo he entresacado del libro de los hechos los que, relacionados con el asunto, pudieran prestarle más vigor; y he encadenado mis personajes á los sucesos obligándoles á ejeeutar lo que, si las crónicas no consignan que hicieron, tampoco dicen que dejaron de hacer. Todos mis esfuerzos sobre el particular han propendido á conseguir que, sin menoscabo del carácter del indivíduo, ni del de la época, se adapten á mi fábula los detalles biográficos de cada uno.

El pintor florentino Domingo Corradi nació en 1451 y murió en 1495. Llevó el sobrenombre del Ghirlandajo á consecuencia de un adorno en forma de guirnalda inventado por su padre, hábil artífice en orfebrería. Fué

612935

con sus hermanos Benedetto y David maestro de Miguel Ángel, y tuvo un hijo llamado Ridolfo. Sus obras más notables son el fresco de La Degollacion de los Inocentes en el coro de Santa María *la Novella* y el cuadro de la Visitacion de Santa Ana á la Vírgen.

Ahora bien; la circunstancia de no haber tenido por esposa á ninguna de esas mujeres que, como Beatriz, la Fornarina ó Laura, exigen que sus nombres vayan unidos á los de los genios que los eternizaron, me ha permitido crear á Gabriela. El espíritu de independencia que animaba á los florentinos contra la tiranía de Pedro II de Médicis, hace muy verosimil—pues nada se sabe en contra—que Ghirlandajo fuese con Pedro Capponi y con Francisco Valori uno de los jefes de aquella revuelta provocada por las predicaciones del P. Savonarola; mayormente si se tiene en cuenta la amistad que debía unir á Corradi con el prior de los dominicos de San Marcos, dadas la fama de aquel y la competencia artística de Fr. Gerónimo, fundador en su convento de una escuela encargada de desterrar del arte la perniciosa imitacion del lascivo gusto pagano.

Con estos antecedentes ningun crímen de lesa-historia creo cometer suponiendo que Ghirlandajo trazó en las paredes de Santa María el rostro del tirano, oprimiendo á Florencia en la forma de una niña inocente; pues al provocar de este modo las iras de Pedro, doy natural cabida á su venganza y justifico su fin, si bien precipitándolo; pues sabido es que los florentinos se contentaron con arrojarle de los muros al tener conocimiento de la cesion de las plazas de Pisa, Liorna y Pietra-Santa á Cárlos el Afable.

Por lo que á Miguel Ángel respecta, algunos de sus biógrafos le reprochan el haberse hallado ausente de su

patria en los solemnes momentos en que Florencia exigía el concurso de todos sus hijos: pero otros lo ponen en duda. Yo le encargo de una mision secreta con lo que, al lavarle de la mancha que los primeros arrojan sobre él, respeto el silencio que la Historia guarda de su nombre en los anales de aquella revolucion.

Fácil me hubiera sido fingir un personaje; pero pasion tan pura—númen más que afecto, idea más que objeto—aunque patrimonio posible de cuantos son capaces de sentirla, me pareció que se adaptaba mejor al genio, grande en todas sus manifestaciones; y aproveché para vaciarla el molde que con sus veinte años me ofrecía el autor del Jucio Final, de Moisés y de la cúpula de San Pedro. Victoria Colonna, que forma en el suyo la mitad femenina de que se compone todo nombre ilustre, no tenía más que cuatro años á la sazon; y el desenlace de los amores de Buonarotti con Gabriela hace muy posible el maridaje de la tradicion con mi fábula.

Su estátua del Amor dormido, encontrada en las ruinas de la *Florentia Tuscorum*, suponen los biógrafos de Miguel Ángel que fué enterrada por él para demostrar que su escoplo era digno del de los titanes de la estatuaria antigua, y suscitando de este modo dudas acerca de su orígen que halagasen su orgullo artístico. Este arranque de soberbia, ni lo encuentro natural en un niño que aún no contaba cuatro lustros, ni habla en favor de la modestia, compañera inseparable del talento. Sea ó no verdad, ¿quién me impide, respetando el hecho, atribuirle una causa más noble, más poética y muy naturalmente enlazada con mi asunto?

Savonarola y Pedro II subsisten en toda su integridad histórica. Jefe el primero de la *Señoría* encargada de destruir el tradicional poder de los Médicis,—tan floreciente

con Cosme y Lorenzo como despreciable bajo la presion del vástago del que mereció el renombre de Magnífico— es siempre el austero sacerdote íntransigente con el vicio, así venga de la misma córte romana. Razones fáciles de comprender me han inducido á eliminar sus profecías y sus ataques al Pontificado de Alejandro VI; pues aun hoy nadie se atreve á decir si la hoguera que le consumió fué cadalso ó martirio.

Pedro II de Médicis, gran jugador de pelota, con sus ribetes de poeta y sus brutales pasiones, no está tampoco á mi juicio fuera de carácter, representando el papel de Sexto en este segundo drama de *Luerecia* y haciendo rebosar el vaso de la ira popular con la última gota de s us criminales excesos.

Gabriela y Bethsabé son criaturas mias y he podido modelarlas á mi antojo. Aquella, víctima de una pasion de que no es responsable, pues subsiste en su propia naturaleza, no se defiende porque no lo necesita. Su honradez no es virtud es organizacion. No ama á su marido porque no puede amarle; pero le admira ante su sacrificio y le paga con gloria una deuda de abnegacion que Ghirlandajo le obliga á contraer.

La judía representa la personificacion de la gratitud. Su amor por su amo no es el deseo, ni siquiera la necesidad del corazon; es el afan de substituir con algo el vacío que, en el pecho del hombre á quien se lo debe todo, ha dejado el desvío de la esposa. No tiene celos de que Ghirlandajo adore á Gabriela, sino de que Gabriela no ame á Ghirlandajo. No aspira á él y por eso no titubea en envilecerse en aras de su libertad y de su vida.

De Andrés del Castaño, muerto en edad ya provecta catorce años ántes de le accion de mi obra, no se sabe que fuera valido de ninguno de los Médicis, ni que su for-

tuna le permitiera mantener una legion con que secundar los planes del ambicioso rey de Francia; pero necesitando un monstruo, ántes que fingirlo, preferí alterar un poco la cronología y valerme de esa histórica figura que por envidia asesinó á su maestro Dominico de Venecia; pues sólo este hecho enuncia un carácter capaz de vender á su patria en beneficio de su soberbia y de profanar en provecho propio el tribunal de la confesion. La fama adquirida con su lienzo del *Suplicio de los Pazzi* (que le valió el sobrenombre de Andrés el de los ahorcados), hace posible su significacion política; y en cuanto á sus riquezas, si las tubo, bien pudo—como los milaneses y los Sauli de Génova—ponerlas á disposicion del hijo de Luis XI, á quien la misma Blanca de Saboya no titubeó en entregar sus diamantes á fin de que los empeñara y pagase con ellos á aquel conjunto de foragidos que, desorejados y con la flor de lis sobre el hombro, llevaba por ejército para secundar las conquistas de Calomagno.

Estos son los componentes del drama que tengo la honra de dedicarte. Ofrecer versos al cantor de *La selva obscura* y de *La vision de Fr. Martin*, sería en mí falta imperdonable si no lo disculpara una razon poderosa. Desde que al pie de la tumba de Cárlos V te oí recitar el *Miserere* y entre las fragosidades del Escorial me otorgaste las primicias de *Raimundo Lulio*, he experimentado la necesidad de vivir con tus obras y sentido la comezon de hablar tu lenguaje; como esos pájaros que sin estilo propio, buscan la vecindad del ruiseñor y se esfuerzan en imitar el cadencioso ritmo del rey de la melodía

Hasta en la antigua Sérica han repercutido los ecos de tu gloria; hasta la gruta de Camoens ha llegado el perfume de los laureles que la justicia ha tributado á tu genio; y, aunque la hoja que te consagro no ha de aumentar el

peso de tu corona, como la he cogido por tí y para tí, allá va cortando mares á ceñir tu sien. Si no cabe ya en ella ponla en tu corazon, que tambien lleva el encargo de atestiguarte mi afecto; pues en tí el poeta y el hombre marchan tan de consuno por la senda de la vida, que tu talento y tu amistad son ruedas que abren paralelamente los surcos de la admiracion y del cariño.

ENRIQUE GASPAR.

Macao (China.) 1880.

ACTO PRIMERO.

EL TALLER DE GHIRLANDAJO, ESTILO RENACIMIENTO.

IZQUIERDA.

Primer término: Una ventana; delante de ella caballetes soportando lienzos; paletas y cajas de colores alrededor. Segundo: La doble balaustrada esculpida de una escalera que da deseenso á la calle avanzando hasta el primer tercio de la escena, en que sobre un pedestal de encina se ve la estátua del Amor dormido de Miguel Ángel.

DERECHA.

Primer término: un suntuoso hogar en qne chisporrotean gruesos tronoos. Segundo: una puerta con oscuro cortinaje florentiuo, sirviendo de fondo al entarimado para el modelo que hay delante.

FORO.

Arcadas con magníficos tapices para graduar la luz, por las que corre una galería adornada con obras de arte.

ACCESORIOS.

Estatuaria antigua, cuadros, cartones, vasos griegos y etruscos, pieles, telas vistosas, armas y muebles raros cubriendo los macizos, pendiendo de los muros y llenando los hnecos en artístico desórden.

ESCENA PRIMERA.

GABRIELA, sobre el entarimado sirviendo de modelo. Con una rodilla en tierra parece tratar de incorporarse apoyando su brazo izquierdo en la volnta de un banquillo, mientras con la mano derecha sostiene un puñal que figura baberse hundido en el costado. GHIRLANDAJO ante su caballete pinta con desaliento. COSME y FABRICJO, detrás de él contemplan su trabajo con admiracion. ALGUNOS OTROS DISCÍPULOS muelen colores ó limpian sus paletas.

GHIRL. (Hablando con sus discípulos, pero sin dejar de mirar á Gabriela, cuya expresion trata de excitar con sus palabras en tanto que pinta)
El hijo de Luís onceno,
que en el campo de la historia
cree que se mide la gloria
por la extension del terreno,
de Nápoles por violencia
corre á conquistar el trono
de paso hiriendo en su encono
la libertad de Florencia.

COSME. Ya acampa bajo estos muros,
mas que no somos, infiero
le dirá el gonfalonero,
ni traidores, ni perjuros.

GHUIRL. El que empuña el gonfalon,
con sus instintos de hiena,
no ignora que de Turena
viene urdida la traicion.

FAB. Pues si á Cárlos el octavo
Pedro Médicis, inerme
libra este pueblo que duerme
con la inquietud del esclavo,
sacudirá al fin las penas
bajo cuyo peso ruge,
porque es mayor el empuje
cuanto son más las cadenas.

GHIRL. (Invita á Gabriela á reposar. Ésta desciende del entarimado mientras aquel mira su obra con tristeza.)
Reposa. (Ap.) (No hay expresion.
En vano evocar intento
con el patrio sentimiento
la sublime indignacion.

COSME. (Contemplando el cuadro con Fabricio.)
Cuál se pinta en ella el gozo
con que al morir su honra lava.

FAB. ¡Cómo venga á Roma esclava!
Llevad ya al cuadro el esbozo.

COSME. ¿No admiras con qué grandeza,
que acusa el valor romano,
mientras se hunde aquella mano
se está irguiendo esa cabeza?

FAB. Tras los siglos, nueva parte
Lucrecia en el triunfo toma.
La que asombro fué de Roma
va á ser hoy pasmo del arte.

GHIRL. Fuerza es que mi carcajada
corte al elogio el camino.
Casta esposa de Tarquino,
vuelve otra vez á la nada.
(Borra el cuadro con el lienzo de limpiar los pinceles, y arroja estos y la paleta en el suelo. Asombro en todos.)

COSME y FAB. ¿Qué haceis?

GHIRL. Falta inspiracion
donde la verdad no anida.

GAB. Yo no sé, teniendo vida,
dar á la muerte expresion.

GHIRL. No es culpa tuya, es flaqueza
de mi amante desvarío

querer perpetuar, bien mio,
los trazos de tu cabeza,
llamando á tu frente pura
de una mancha la memoria
por ver unida á mi gloria
la gloria de tu hermosura.

GAB. Harta el lienzo lleva en el
que á la sombra de los arcos
del convento de San Marcos
ven brotar de tu pincel,
para que tu esposa aumente
de tus laureles el peso
si no es al jugo del beso
con que los riega en tu frente.

FAB. Decís bien; es maravilla
que ha de pregonar la fama
tal pintura, en que la llama
del génio potente brilla.

GHIRL. Tiempo há que con mente inquieta,
por lograr con ella un nombre,
cuanto hay de artista en el hombre
lo destilo en mi paleta;
pero soy una onda más
que hinchada al cielo provoca
y á la que una enhiesta roca
le grita en su orgullo: «atrás.»
Tracé con segura mano
del padre el rostro afligido,
la indignaciou del marido,
la sorpresa del hermano,
cuanto el modelo viviente
que su inspiracion conquista
sabe ofrecer el artista
cuando piensa y cuando siente;
mas no hallo quien de Lucrecia
me refleje el estertor
con que así venga su honor
como su vida desprecia.

GAB. Pide á un cadáver tu intento.

GHIRL. ¿Qué robaré al cuerpo inerte?
Sólo el perfil de la muerte
sin la luz del pensamiento.

Como tampoco fingir
puede el vivo ansias de honor,
que tiene cada dolor
su rostro para morir.

COSME. Pues cread.

GHIRL. Calla, profano.
No hay en el mundo poder
que se atreva á embellecer
lo que hizo Dios con su mano.
Copiar en forma y color
la varía naturaleza;
por cristal de su belleza
darle el lienzo, es ser pintor.
Sorprenderla cuando vista
nuestro propio sentimiento;
reducir á un pensamiento
su grandeza, es ser artista.
El arte á la realidad
se ajusta con tanto celo,
que si es mentira el modelo
nunca la copia es verdad.
Así, mientras una vida
no halle á su honor inmolada,
daré la muerte pintada,
mas no la ofensa sentida;
pero si aquí pone el pié
Lucrecia y su honor redime,
yo haré de ella algo sublime
pintándola como fué.

GAB. Inmolárame á tus penas
cual víctima expiatoria
por conquistarte la gloria
con la sangre de mis venas.

GHIRL. Deja que la obra de Dios
su artífice la destruya.
Tu vida no es solo tuya,
vivimos con ella dos.
Pueda en mis ansias crueles
la música de tus besos
ahogar el ruido de huesos
que haré al romper mis pinceles.

LOS TRES. ¿Romperlos?...

GHIRL. ¿Y qué hay de extraño
si no encuentro mi ideal?
COSME. ¿Ceder el campo á un rival?
FAB. ¿Dar el triunfo á Andrés Castaño,
que despues, y esto le aprecia,
de hacerse en el arte diestro
asesinó á su maestro
dominico de Venecia?
COSME. ¿El pintor de ajusticiados,
que ajusta la soga á un hombre
por merecer el renombre
de Andrés el de los ahorcados?
GAB. ¿Ese monstruo de perfidia,
de ruindad y de ambicion
que atenta á tu concepcion
por ver saciada su envidia?

ESCENA II.

DICHOS y ANDRÉS, que apoyado en la balaustrada ha estado oyendo todo el final de la escena anterior.

FAB. Can vetusto, que sin dientes
envenena con su baba.
ANDRÉS. No es la jauría más brava
por ladrar á los ausentes.
TODOS. ¡Él!
ANDRÉS. Seguid. Mi edad provecta
no impida vuestra censura,
que la humana criatura
no es para todos perfecta.
FAB. Ni encuentra el alma tormento
con maldecir de la gente
si es devoto el maldiciente
del octavo mandamiento.
GHIRL. Labio que aún no mancha el bozo
y á un viejo insulta es liviano.
COSME. Pues que principie el anciano
por servir de ejemplo al mozo.
GHIRL. Basta. Idos ya. (Los discípulos se retiran.)
ANDRES. Con clemencia
juzga su andacia infantil, (Interceciendo.)

GAB. (Ap.) (¡Que haya en edad tan senil
tan hipócrita impudencia!)
ANDRES. (Á Gabriela.) ¿Por qué triste y abatida
siempre os hallo?
GAB. Es que hay momentos
en que son los pensamientos
obstáculos de la vida.
GHIRL. Ahuyentar de su tristeza
pretendo en vano el sopor:
beleño es tal vez mi amor
que abate más su cabeza.
GAB. Por tan enorme delito
recibe pena ejemplar. (Le abraza.)
Para irme al templo á rezar
vuestra vénia solicito.
ANDRES. Que ignorais sin duda infiero,
pues disponeis vuestra ausencia,
que honraros con su presencia
pretende el gonfalonero.
¿Dais su venida al olvido?
GHIRL. No; pero en ella presiente
que estando la esposa ausente
tendrá más honra el marido.
(Con mal reprimido enojo.)
ANDRES. ¿Por qué?...
AAB. (Paliándolo.) Con razon desea
merecimiento tan caro
no compartir.
GHIRL. (Irónicamente.) Soy avaro.
GAB. Guárdeos Dios. (Váse por las arcadas.)
ANDRES. Él con vos sea.

ESCENA III.

GHIRLANDAJO y ANDRÉS.

Aquel, despues que ve salir á Gabriela, desata su ira contra éste.

GHIRL. Dile al amo á quien tus vicios
vendes en mercado infame,
que noble á mis puertas llame

sin querer forzar sus quicios.
Que si á Florencia es traidor,
serlo á mi honra es serlo mucho.
y yo por mi patria lucho,
pero mato por mi honor.

ANDRES. ¿Quién de que tu paz destruya
te sugirió la malicia?

GHIRL. Su corrupcion, tu codicia,
la infamia de él y la tuya.
(Movimiento de Andrés.)
Por tu nombre te designo,
que nadie escucha indiscreto
para guardarte un respeto
de que nunca fuiste digno.

ANDRES. ¿Tú de Pedro en los desmanes
la complicidad me imputas?

GHIRL. ¿Si á los hombres ejecutas,
no has de ejecutar sus planes?
Gabriela avivó su antojo,
pero á estrellarse esta vez
sobre rocas de honradez
le lleva el mar de mi enojo.

ANDRÉS. Tu calumnia no me humilla,
que es de tu dolor la huella.
Si encuentras alivio en ella
te pondré la otra mejilla.

GHIRL. No, que á más de ser anciano,
mano que en tu rostre vibre
se ha de manchar, siendo libre,
con el beso del tirano.

ANDRÉS. Depon el ceño iracundo;
no es tan servil mi obediencia
por el señor de Florencia.
Pedro Médicis segundo,
que en favor tuyo me impida
desplegar mi valimiento.

GHIRL. Saca á luz tu pensamiento,
si no es negro cual tu vida.
(Siéntanse ambos.)

ANDRÉS. Recelando una traicion
de que ignoro la existencia,
la juventud de Florencia

se apresta á la rebelion.
Tú, Ghirlandajo, el tesoro
del entusiasmo repartes,
mas la lucha en todas partes
hay que pagarla con oro.
Y pues de él careces, necio
tu ardor inútil se exalta.
¿Qué dinero te hace falta?
Yo te lo doy.

GHIRL. ¿A qué precio?

ANDRES. No he acabado todavía,
ya en mucho la fama aprecia
tu cuadro en que de Lucrecia
reproduces la agonía.
Sin reclamar que termines
lienzo que tal gloria alcanza,
puesto sobre una balanza
yo te lo peso en florines.

GHIRL. Sé bien que á los florentinos,
aunque tú el honor les niegas,
les puedo entregar á ciegas
de la patria los destinos
sin vender á la perfidia
mi obra que, en cobarde trama,
porque ha de eclipsar tu fama,
quiere aniquilar tu envidia.
Burlando tu atrevimiento
yo evité su destruccion
poniendo mi concepcion
al amparo de un convento.
Yo te desprecio, y maldigo
tus mañas torpes y aleves.
Pintaré; quiero que lleves
en mi gloria tu castigo.

ANDRES. (Prescindiendo de su hipocresía.)
Es humana condicion
que enmedio de su grandeza,
la flaca naturaleza
tenga alguna imperfeccion.
Yo, que de humilde blasono,
me resigno á confesarte
que por el cetro del arte

diera del imperio el trono.
Pide, y á tus pies tendrás
riqueza, honores, poder,
pero dejarme vencer
como artista, eso ¡jamás!

GHIRL. La maldad en tí es oficio.

ANDRES. Y en tí excesivo rigor
el no inmolar al pintor
en el altar del patricio.

GHIRL. ¿Por qué, si artero demuestras
que la rebelion abonas,
tu bandera no abandonas
alistándote en las nuestras?
Diez mil hombres á tu abrigo
dentro de Florencia son,
y á tu coste una legion
lleva el rey Cárlos consigo.
Pon á tus arcas los sellos
y, si ha de mancharte el lodo,
sé una vez traidor del todo:
cómprame el cuadro con ellos.

ANDRES. Sumisos á mi poder
llevárante á la victoria;
más... vendes cara tu gloria.

GHIRL. Conciencia de mercader.

ANDRES. Añade una condicion.

GHIRL. ¿Cuál?...

ANDRES. La sola á que me allano:
que ha de pasar á mi mano
de Florencia el gonfalon. (En secreto.)

GHIRL. Mis falsos juicios revoco.
No miré tu edad senil
y te tuve por un vil
siendo, Andrés, un pobre loco.
Dí, al cuntemplar tu pasado,
si no es ausencia de juicio
que por destronar el vicio
se entronice en tí el pecado.
¿No temes que á tu señor
delate tu plan funesto?

ANDRES. No; diré que era un pretexto
para explorarte mejor.

Qué de mi gente hacer pueda
dirás.

GHIRL. Haz verdugos.

ANDRES. (Resignado) Bien.
¿Y Lucrecia? (Con visible interés.)

GHIRL. Esa tambien
con las víctimas se queda.

ANDRES. ¿La vendes?

GHIRL. No. Á los que gimen
dará ejemplo su memoria.

ANDRES. (Con insultante cinismo.)
Ghuirlandajo, á la victoria
se va á veces por el crímen.
Tasa á tu antojo la mia
sin provocar mi pasion.
¿Qué pides?

GHIRL. (Con befa.) Tu conversion.

BETHS. (Sale corriendo por las arcadas.)
¡Señor, señor!...

ANDRES. (Ap.) (La judía.)

ESCENA IV.

LOS MISMOS y BETHSABÉ, luégo COSME, FABRICIO y los DISCÍPULOS.

BETHS. Pasaba el gonfalonero
por esa calleja oscura;
la gente al verle murmura,
los guardias blanden su acero
y á una mujer que atrevida
llama á Médicis traidor,
un soldado, con furor,
le abre en el pecho honda herida.
Huye la turba, ella al suelo
cae mortal, Médicis parte;
yo pienso en tí y en el arte,
corro y grito: ¡tu modelo!

GHIRL. ¿Qué escucho?... Cosme, Fabricio,
pronto: un lienzo, mis pinceles.

BETHS. Vuela, que entre ansias crueles
ya hace la muerte su oficio.

(Los discípulos, que acudieron á la voz de Ghirlandajo, toman lienzos nuevos, paletas y pinceles y se disponen á seguir á su maestro.)

ANDRES. Tan vil ocasion desprecia. (Con envidia.)
GHIRL. No. Le robaré su arcano.
Mujer que insulta á un tirano
tiene algo en sí de Lucrecia.
(Váse con los discípulos.)

ESCENA V.

BETSHABÉ y ANDRÉS.

Aquella queda contemplando con éxtasis el sitio por donde se fué Ghirlandajo.

ANDRES. ¿Por qué buscan tus miradas
su huella que borró el viento,
cual persigue el pensamiento
las ilusiones soñadas?
BETHS. Mi ánimo, ignoro por qué,
perezoso se detiene,
ya en adivinar que viene,
ya en recordar que se fué.
Y avara cruzo el espacio
que en él la mente se posa,
por ser más tiempo dichosa,
pensando en él más despacio.
ANDRES. ¿Con qué nombre, Bethsabé,
bautizas tal sentimiento?
BETHS. Si no es agradecimiento,
cómo llamarlo no sé.
Él vino á arrancarme un dia
del suburbio que en su agobio
tiene por patria de oprobio
la dispersa judería.
Dióme techo, pan, favor;
me indujo á la fe cristiana,
y en el bautismo mañana
se apresta á lavar mi error.
Y pues nazco á un mundo nuevo
con el poder de su halago,

con cuanto tengo le pago
ya que cuanto soy le debo.

ANDRES. Abierta tu alma al calor
de la fe con que á él te inmolas,
¿no te has dicho nunca á solas
que son tus ansias de amor?

BETHS. No; que amar al que es amado
y ama en aras de un deber,
bajeza es en la mujer
y en la cristiana pecado.

ANDRES. Mas su corriente bravía
todo lo arrolla al pasar.
(Ap.) (No es despreciable auxiliar
el amor de esta judía.)
(Alto.) Á tu edad cándida y pura
la malicia se reposa
sin comprender que la esposa
puede al hombre ser perjura.
Rompe el dique á tu pasion;
la conciencia apague el grito,
que no es ya el amor delito
si castiga una traicion.

BETHS. (Con enojo en que se dibujan los celos.)
¿Vender mi ama al que, sin nombre,
la escogió por sus virtudes?
¿Pagar con ingratitudes
los beneficios de un hombre
que en ella y en nadie más
sus pensamientos destella,
pues porque tenga más ella
se los roba á los demas?
¿En copa de amarga hiel
quién le dió á libar sus duelos?

ANDRES. (Ap.) (Ya se despiertan sus celos.)
(Alto.) Observa y darás con él.

BETHS. Mas no; tanta villanía
no encierra su pecho amante...
ni á vengar fuera bastante
su perjurio esta judía.

ANDRES. (Halagando sus esperanzas.)
¿Por qué no? Sus ojos bellos
con los tuyos avergüenzas,

y está el color de sus trenzas
reflejando en tus cabellos.

BETHS. ¿No mentís?

ANDRES. Necio capricho.

BETHS. Fundado temor me acosa. (Cándidamente.)
No debo ser tan hermosa
cuando él nunca me lo ha dicho.

ANDRES. ¿Lo sientes?

BETHS. ¿Yo?... (Confundida.)

ANDRES. (Incitándola.) ¿Por qué, terca,
tu amor impides que estalle?

BETHS. No sé... qué ruido en la calle...
(Mirando por la ventana.)
Pedro Médicis se acerca.

ANDRES. Avisa. Y en cuenta ten
que ella es liviana y tú hermosa.

BETHS. (Dios mio! Haz buena á su esposa
para serlo yo tambien.)
(Váse por las arcadas.)

ESCENA VI.

ANDRÉS y PEDRO por la escalera precedido de DOS GUARDIAS que á una órden suya se retiran.

PEDRO. Cuando á honrar vengo esta casa,
¿por qué no acuden sus dueños
despreciando irreverentes
al magistrado supremo?

ANDRES. Vuestro enojo deponed.
Há poco en su busca fueron.

PEDRO. Con rebeldes contumaces
hay que ser rudo y soberbio.
Acércate. El rumor cunde
de que reina el descontento,
no sólo entre los secuaces
de la ciudad, sino en esos
desterrados florentinos
que al rey Cárlos se acogieron
y que á tu costa mantienes
para auxiliar mis proyectos.

ANDRES. Dicen que hoy al rey de Francia

vais á ver al campamento
por saber si llega huesped
ó enemigo á nuestro encuentro.
Mas temen que la república,
merced á pactos secretos,
quereis desmembrar, y empiezan
á miraros con recelo.

PEDRO. Pisa, Liorna y Pietra-Santa
de amistad me pide en precio,
y á trueque de proteger
mi vacilante gobierno
contra el que conspiran todos
los estados europeos.
Savonarola, Faroli,
Ghuirlandajo y sus adeptos
preparan la rebelion
si al plan del monarca accedo,
y Roma, Aragon, Castilla,
Venecia y Milan, ejércitos
mandan para combatir
al hijo de Luis onceno.
Este me señala un trono;
los aliados el destierro:
justo es pues que al ostracismo
prefiera un mermado cetro.
¿Puedo contar con los tuyos?

ANDRES. Los de fuera y los de dentro
sólo á mi voz obedecen.
Yo, señor, respondo de ellos.

PEDRO. Pues que estén apercibidos
porque se acerca el momento.
Cuando regrese hoy del campo
y dé la noticia al pueblo
de la cesion de esas plazas
estallará el movimiento.

ANDRES. ¿Cómo!... ¿El bando del prior
de dominicos, tan ciego
será que apronte la lucha
de uno sólo contra ciento?

PEDRO. Savonarola y los suyos,
aunque son pocos, son buenos,
y con el apoyo cuentan

y el oro del extranjero.
De Venecia un emisario (Con sigilo.)
no há mucho llegó.

ANDRES. Con pliegos.
Lo sé.

PEDRO. Y con diez mil florines
en ducados que el Consejo,
para comprar á los suizos
del rey Cárlos, manda artero.
Viendo sus fuerzas escasas,
los rebeldes por tal medio
fomentar la indisciplina
pretenden, ganando tiempo
mientras las huestes aliadas
los auxilian con refuerzos.

ANDRES. ¿Pero, los suizos acceden?

PEDRO. Sólo aguardan el dinero
y una condicion.

ANDRES. ¿Cuál es?

PEDRO. La de que en rehenes preso
se ha de entregar Ghirlandajo
hasta el instante supremo,
para el pacto garantir
y asegurar el silencio.
Esta noche partir debe:
tú lo impedirás.

ANDRES. Comprendo.
La órden daré de que al punto
le pongan travas de hierro.

PEDRO. No basta.

ANDRES. Pues muera.

PEDRO. ¿Sangre!...

ANDRES Jamás la vertió el veneno.

PEDRO. Su vida es harto preciosa
para inmodarla; oye atento.
En San Marcos esta noche,
de manos del mensajero,
debe recibir la suma
que aguarda el campo avariento.
Tú que de astuto blasonas,
seguido de mis arqueros,
penetras allí; sorprendes

sus criminales manejos
y, apoderándose al par
del oro que de los reos,
mientras se juzga á los unos,
el oro en las arcas vierto
del rey que en él ha de hallar
salud á su erario enfermo.

ANDRES. Á fin de con más sigilo
penetrar en el convento,
la llave que á Ghirlandajo
da allí oculto y libre acceso
trataré de arrebatarle,
y, delante de su lienzo,
como traidor á la patria
y de mis laureles émulo,
le arrancaré con la vida
la soberbia de su genio.

PEDRO. No harás tal. Impide sólo
que acuda al campo.

ANDRES. No entiendo...

PEDRO. Si de Gabriela hubo un punto
que los hechizos sin cuento
trastornaron mi razon,
hoy que en los muros de un templo
de Ghirlandajo el pincel
me hace de escarnio sujeto,
con la deshonra pagar
le juro su atrevimiento,
ya que el amor es su culto
y esa mujer su embeleso.
Venganza, que no amor pido,
¿lo oyes bien?

ANDRES. Nos vengaremos.

PEDRO. Qué viva: quiero insultarle
desde el fondo de su lecho.

ANDRES. Mas ¿cuál es su ofensa?

PEDRO. Calla.
Se acercan: lo sabrás luego.

ESCENA VII.

DICHOS, GHIRLANDAJO, COSME y FABRICIO. Estos depositan los objetos que se llevaron. Al ver á Médicis se descubren; los que llevan capuces se los dejan caer sobre la espalda.

ANDRES. ¿Y bien?...
GHIRL. Inútil empresa.
Corrí tras un pensamiento,
que al llegar yo se escapaba
de la cárcel de su cuerpo.
PEDRO. Esclavo del arte olvida (Á Ghirlandajo.)
la altura á que está mi asiento,
quién, como tú, irreverente,
por un pincel deja un cetro.
GHIRL. (Con dignidad, pero sin arrebato.)
Ni vos púrpura vestís,
ni en mi ausencia hay plan siniestro,
ni esclavitud es el culto,
ni encierra olvido un intento:
que el arte lo inspira Dios,
el poder lo dan los pueblos,
y es, entre Dios y los hombres,
ántes que la tierra el cielo.
PEDRO. ¿Y esa es la causa tal vez
de que en honor del Eterno,
calumnies en tus pinturas
mi poder por ser terreno?
ANDRES. ¡Cómo!... ¿Su mente exaltada
le indujo á tal desacierto?
PEDRO. La gente, en Santa María
La Novella, hoy con empeño
subió al coro á contemplar
la terminacion del fresco
en que á las turbas de Herodes,
ejecutando el decreto
de exterminar inocentes,
dió fiel trasunto el maestro.
Al verme, sordo murmullo

la chusma arranca del pecho,
y en mí los ojos clavando
fija en los muros el dedo.
Miro: una niña inocente
yace tendida en el suelo
mientras la mano de un hombre
la ase brutal por el cuello;
pero aunque finge la víctima
vestir los hebráicos velos,
con el pendon florentino
recata el pudor sus miembros;
en tanto que mi cabeza
por insulto y como reto,
lleva insolente el esbirro
sobre sus hombros atléticos.

ANDRES. Eso es decir que á Florencia
sume en la opresion su dueño.
Nunca he visto audacia tal.

FAB. Y vió cosas el buen viejo.

GHIRL. Culpad al sino y no á mí
por tan extraño suceso.
Con razon ó sin razon,
pues no juzgo y sólo cuento,
de tirano de la patria
llevais en la frente el sello.
Yo en las paredes del coro
de un opresor tracé el gesto;
los verdugos se parecen,
y sin duda os confundieron.

PEDRO. Más que censor de mis actos
sé fiscal, te lo aconsejo,
de tu honra en la que tal vez
encuentres manchas de cieno.

GHIRL. Si Mecenas fiel os sirvo, (Herido.)
si magistrado os respeto,
si traidor, guerra os declaro,
juez de mi honor, os desprecio;
pues nadie contra él atenta
si no es vuestro pensamiento
que, delatando á inocentes,
trata de ocultar que es reo.

PEDRO. Pregunta á tu esposa amante

lo que va á hacer en el templo,
y á quien dirige sus preces
cuando murmura sus r ezos.

GHIRL. No os vengueis con la calumnia.
Rompa mi vida un acero,
mas no ataqueis en mi amor
cuanto de grande en mí siento
y ante el que arte, gloria, honores
y áun mi patria son pigmeos.
Gabriela está inmaculada. (Exaltado.)

COSME y FAB. ¿Quién lo duda?

PEDRO. Yo lo niego.

GHIRL. (Reprimiéndose despues de un brusco movimiento.)
Hablad... por ver si en romances
teneis agudo el ingenio.

PEDRO. Há poco en Santa María
tu esposa entró, y en un hueco
de columnas hacinadas
postróse á orar. Un mancebo
que de un botarel cercano
en la penumbra, de acecho
sin duda estaba, la nave
cruzó, mas con tal misterio
que por evitar su sombra
pisaba siempre en lo negro.
Gabriela al verle ahogó un grito;
él se hincó en el pavimento,
y cual si juntos rezaran
pusiéronse á hablar muy quedo.
El doncel con mano trémula
dejó en las suyas un pliego
que ella al guardar confundió
con el color de su seno.
Irguióse al fin el galan
y adios tal vez se dijeron;
porque ella quedó llorando
y él salió la luz siguiendo,
que amor lleva al caminar
en crepúsculos opuestos,
el dia en sus esperanzas
y la noche en sus recuerdos.
(Ghirlandajo queda abatidísimo.)

ANDRES. (Ap.) (Ya siente la mordedura
del aspid.)
COSME. (Ap. á Fabricio.) (Mintió grosero.)
GHIRL. (Ap.) (Señor, Señor!... Da las fuerzas
Tú que das el sufrimiento.)
PEDRO. ¿Y bien?
GHIRL. (Con esfuerzo supremo.)
La deshonra mata
y es el desden un veneno.
Honrada es ella y yo amado
si ella vive y yo áun no he muerto.

ESCENA VIII.

DICHOS y BETHSABÉ corriendo á la ventana.

BETHS. Mirad, mirad.
TODOS. ¿Qué?...
BETCHS. Seguido
viene de un gentío inmenso
el padre Savonarola.
Todos le aclaman frenéticos...
Ved; ya está aquí.
VOCES. (Dentro.) ¡Viva el santo!
PEDRO. Nuestro enemigo. (Ap. á Andrés.)
GHIRL. Á su encuentro
salgamos.
VOCES. (Dentro.) La bendicion.
BETHS. Hoy predicó en su convento
el prior de dominicos
y en triunfo lo llevan ébrios.
VOCES. ¡Viva!
PEDRO. (Á los guardias.) Ahuyentad á la chusma,
y al fraile dad franco acceso.

ESCENA IX.

DICHOS y SAVONAROLA llevando pendiente de la cintura una pequeña calavera de marfil. Todos menos Pedro se prosternan á su llegada y solicitan su bendicion.

COSME y FAB. Guárdeos el cielo.

GHIRL. En mi abrasada frente
posad, oh padre, vuestra ungida mano.
BETSH. Pueda el tosco sayal del penitente
besar mi boca.
ANDRES. Y vuestro pie un anciano.
(Savonarola al ver que Pedro permanece inmóvil, avanza hasta él presentándole una cruz para besarla, lo que Médicis rehusa.)
SAVON. Al feble arbusto y al erguido cedro
su luz alcanza.
PEDRO. ¿Qué te execro dudas?
SAVON. En el Cedron Jesús lo mismo á Pedro
tendió la mano que su rostro á Judas.
PEDRO. Echa abajo el capuz ya que arrogantes
ponen en mí tus ojos la mirada.
SAVON. Entre Él y vos su omnipotencia es ántes;
(Descubriendo á Pedro.)
Despues, señor, vuestra soberbia nada.
(Descubriéndose á su vez.)
PEDRO. Sin la que ciñes sacra vestidura
no volviera tu voz á herir el templo.
SAVON. Ni yo, osado, trepara á vuestra altura
si en ella no estuviérais para ejemplo.
PEDRO. Su evangélica uncion tanta osadía
disculpa en vano.
ANDRES. (Á Pedro.) Despreciadle iluso.
SAVON. (Ap. á Ghirlandajo.)
(Ya el mensajero que Venecia envía
llegó y el oro entre mis manos puso.
¿Por qué de tu semblante huye la calma?)
GHIRL. (Alto.) Me duele en el honor honda perfidia.
SAVON. ¿Sufres?
GHIRL. Sí; de calumnia, mal del alma
donde siempro á traicion muerde la envidia..
SAVON. No le opongas tu enojo. Advierte que ella
de la ola es fiel imágen que, sañuda,
si ante un escollo con fragor se estrella,
contra una playa retrocede muda.
PEDRO. ¿Y ese entusiasmo lo excitó en la plebe
la augusta voz del sacerdote austero,
ó el grito fué del que con mano aleve
como empuña la cruz blande el acero?

SAVON. Mílite del Señor, del hombre hermano,
la conquista del alma yo persigo.
Si armar á la justicia veis mi mano,
su espada no desnudo, la bendigo.

PEDRO. Disfraz de tu ambicion son las arengas
en que hipócrita fe tu lengna vierte.
Sirve á tu Dios y á calumniar no vengas
á un pueblo que es feliz y se divierte.

SAVON. (Solemnemente.)
Si hipócrita es mi fe, vedlo en mi lucha;
de mi ambicion responden mis cilicios,
y al pueblo no calumnio pues me escucha
cuando le hablo en voz alta de sus vicios.
Donde la vista tiendo hallo tan sólo
eriales de virtud, yerma planicie,
jaral compuesto de perfidia y dolo,
de corrupcion, de infamia y de molicie.
Lascivo es el amor; blasfemo el labio,
venal el hombre, la mujer liviana,
y hasta Roma á su Dios le infiere agravio
cediendo al culto de la pompa vana.
Lleva un cáncer mi patria bajo el pulcro
tocado con que á Síbaris insulta,
y es Florencia la imágen de un sepulcro
que oro pregona y podredumbre oculta.
Pero el dia vendrá de la venganza;
de ignotos pueblos cederá al dominio,
y ha de ser tan horrible la matanza
cuando suene el clarin del exterminio,
que los que el hierro eviten, al influjo
sucumbirán de los despojos yertos
mientras, cargado el vivo con su lujo,
gritando hambriento irá: «¿quién tiene muer-
Vanidad, ambicion. placer, ensueños; [tos?»
en la sombra gigantes de cien codos,
mirados á la luz son tan pequeños
que en esta estrecha cárcel viven todos.
(Blandiendo la calavera.)
César, del capitolio en el camino
logró encerrar el mundo en su mirada;
porque el mundo del hombre es tan mezquino
que cabe en esta cuenca descarnada.

(Por la de los ojos de la calavera.)
En Nod, al hijo de Cain, el tierno
chocar de un beso impúdico extasía
y da forma al pecado, que es eterno,
por esta boca ruin que dura un dia.
(Señalando la de la calavera.)
La desnudez de Diógenes se esfuerza
Alejandro en cubrir; no vé sin duda
que al fin llega un mañana en que por fuerza
la majestad del hombre se demuda.
Pero así como el prado que la hoz siega
brota al poder de misterieso rito,
si á la segur el cuerpo se doblega,
su semilla retoña en lo infinito.
Los despojos contempla que sirvieron
de alcázar fuerte á la pasion precita,
y pues hoy eres tú lo que ellos fueron,
que has de ser lo que son, mortal, medita.

GHIRL. Guerra al pecado y á su mancha juro.

FAB. Tended la mano y borrareis su huella.

SAVON. Contra él mi bendicion levante un muro
donde encuentre la paz el digno de ella.
(Bendice.)

PEDRO. Deja en plazas y templos que á tu grito
se indigne Dios ó se aperciba Marte,
(Á Savonaroìa.)
que en el taller de Apeles no te cito
soldado del Señor sino del arte.
Sabeis que en la necrópolis romana
de divino cincel una escultura,
bajo certero golpe, esta mañana
surgió del seno de la tierra impura.
Por descubrir su orígen y en la frente
nuevo lauro ceñir que la ha creado,
depuesto en todos el rencor presente,
remontemos el curso del pasado.

SAVON. Luz es de Dios la que en el génio brilla.

PEDRO. Yo apodos no le doy; génio le nombro.

ANDRES. Corramos á admirar tal maravilla.

GHIRL. Vedla por fin y enmudeced de asombro.
(Quitando el paño que cubre la estátua del Amor dormido.)

TODOS. ¡Oh!
PEDRO. Extraña perfeccion.
ANDRES. Raro portento.
PEDRO. Pagano fué el cincel: ese es Cupido,
SAVON. Dijérase cristiano el sentimiento
con que tan casto amor está dormido.
PEDRO. Ática es lo amplitud.
SAVON. Corintio el trazo.
ANDRES. La pureza, ejemplar.
SAVON. (Á Andrés con intencion.) Cuanto la envidias.
PEDRO. Domingo, ¿no hablas tú?
GHIRL. Mi juicio aplazo,
pues dudo entre Praxíteles y Fidias.
Solo del Partenon la augusta sombra
diera á tal génio inspiracion y ayuda.
Mas ¿si es griego el titan, cómo se nombra?

ESCENA X.

DICHOS y MIGUEL ÁNGEL que desde la balaustrada ha estado oyendo el final de la escena.

MIGUEL. Toscano es Miguel Ángel y os saluda.
(Saluda á Pedro. Besa la mano á Savonarola y abraza á Ghirlandajo y á sus discípulos.)
TODOS. ¡Buonarotti!
GHIRL. Hijo mio, ¿tú en Florencia?
MIGUEL. Es mi madre y padece.
GHIRL. Inícuos daños.
SAVON. (Ap. á Ghirlandajo.)
(Este es el mensajero.)
COSME. Larga ausencia.
GHIRL. Desde ántes de mis bodas.
FAB. Ha dos años.
MIGUEL. (Á Ghirlandajo.)
¿Compañera os dió el cielo? Él la bendiga.
PEDRO. ¿Y el hijo de Lorenzo no merece
que aceptes tú las que, con mano amiga,
proteccion, gloria y dádivas te ofrece?
MIGUEL Me honrais, señor, pero en Venecia oscuro
con mi arte y mis recuerdos soy dichoso,

dando á mis tempestades el conjuro,
ya que no del olvido, del reposo.

PEDRO. Supone alguno que al Consejo escuchas
al Dux sirviendo.

SAVON. (Ap. á Ghirlandajo.) (Que sospecha advierte.)

MIGUEL. Las penas de mi patria son ya muchas.
Justo es que el hijo á su clamor despierte.

SAVON. ¿Pero esa estátua al inspirado soplo
de tu mente brotó del mármol frio?

MIGUEL. En los flotantes rizos ved mi escoplo
si este lema grabó: «Duerme, amor mio.»
(Todos examinan la estátua.)

PEDRO. Simulando las hebras diestramente
bajo el resalte asoma.

ANDRES. Me confundo.

GHIRL. Dame á besar el rayo de tu frente.

SAVON. Niño coloso, llenarás el mundo.

PEDRO. ¿Quién te inspira, Miguel?

MIGUEL. La union gigante
del estro humano y del divino aliento.
La forma pido al hombre, que es el Dante,
y á la Biblia, que es Dios, el sentimiento.
Pero esa estátua que admirais benignos
emana de un poder que en mí hay oculto.

PEDRO. Si de escuchar la historia somos dignos
narra su orígen.

MIGUEL. Conoced mi culto.
¿Cómo la amé? Lo ignoro. Huir sentía
de mi niñez las impresiones bellas
á su fulgor, como á llegar va el dia
borrando una por una las estrellas.
En mi noche infantil, y á su beleño,
de la vida á trepar me puse el monte,
y cuando ya en su falda huyó mi sueño.
ya ardiendo en luz de amor ví mi horizonte.
Pero ademas del pecho enamorado
sentí que al admirar tanta belleza
palpitaba mi sien cual si encerrado
llevase el corazon en la cabeza.
Niño que apenas si del arte el nombre
balbuceaba, lancéme á su conquista,
y á cada pulsacion que daba el hombre

daba un golpe el cincel, y me hice artista.
—Mata ese amor,—la bárbara sentencia
fué que un padre me impuso. Yo afligido
lo quise envenenar con mi obediencia,
y en vez de muerto le dejé dormido.
Y perpetuando á los delirios cuerdos
del númen, sobre mármoles su suerte
lo enterré donde viva entre recuerdos
y ni al gritar la fama lo despierte.
Sepultadlo otra vez, porque me arredra
pensar que un Pigmalion en mí se esconda,
y al evocar mi amor la dura piedra
se anime, se levante y me responda.

CHIRL. Tal pasion á tal genio.

SAVON. Á consolarte
vendrán los años que el dolor consumen.

MIGUEL. Yo no quiero olvidar.

ANDRES. Vive en el arte.

MIGUEL. Por eso vivo en ella, que es mi númen,

PEDRO. ¿Y al llegar no la viste? (Con intencion.)

MIGUEL. (Exaltado.) Impertinente
juzgo ese tono para labio amigo.
Más, pues su alcázar dije que es mi frente,
sabed que donde pienso está conmigo.

PEDRO. ¿Hasta en el templo?

TODOS. (Comprendiendo la acusacion.)
¿Qué?

PEDRO. No andais muy parcos
y os puede la fortuna ser contraria
dándoos quejas de amor bajo unos arcos
hechos para el incienso y la plegaria.

GHIRL. (Ap. á Pedro y rebosando enojo.)
(¿Este fué?... ¿Cómo arrostra mi presencia?)

PEDRO. (Ap. á Ghirlandajo.)
(No te vendas; ten calma.)

GHIRL. (Dadme juicio.)

MIGUEL. (Á Pedro.)
No os respondo. Sois jefe de Florencia,
sicofante de amor no es vuestro oficio.

SAVON. (Ap. á Ghirlandajo consolándole.)
(Que es calumnia dijiste.)

GHIRL. (Ap. á Savonarola.) (Padre, dudo.)

SAVON. Dios se revela al fin.
GHIRL. Á veces tarda.
BETHS. ¿Sufres, señor? (Con mucho interés.)
GHIRL. Lo ignoro.
BETHS. (Viendo llegar á Gabriela.) Ved.
PEDRO. (Calmando á Ghirlandajo.) (Sé mudo.)
BETHS. Mi ama se acerca.
GHIRL. (Arrebatado.) ¡Infame!...
PEDRO. (Deteniéndole.) Es pronto: aguarda.

ESCENA XI.

DICHOS y GABRIELA, que llega del templo sin fijarse en Miguel Ángel. Al entrar besa la mano á Savonarola y saluda á Médicis.

GAB. Logre obtener al invocar mis preces
disculpa en mi oracion á mi tardanza.
MIGUEL. (Ap. á Bethsabé y sobrecogido al oir la voz de Gabriela.)
(¡Gabriela!... ¿Ella su esposa?...)
BETHS. (Á Miguel Ángel.) ¿Palideces?
(Volviéndose repentinamente á Andrés, que está á su lado, y señalando á Buonarotti que con su pregunta ha despertado sus sospechas.)
Ya dí con el traidor. Él.
ANDRES. (Ap. á Bethsabé con júbilo.) (Sí; venganza.)
(Ghirlandajo, que se ha estado reprimiendo, estalla por fin con voz de trueno.)
GHIRL. Y al asirte al pilar negro y helado
cual se apoya en el muro débil yedra,
¿la mancha le alcanzó de tu pecado
que no echó sobre tí ninguna piedra?
TODOS. ¡Oh!
GAB. Perdon. (Aterrada.)
GHIRL. Ni en la linfa transparente
deja de haber ocultos cieno y alga.
MIGUEL. Yo os juro por mi honor que es inocente.
GAB. ¿Miguel Ángel aquí?... ¡Jesús me valga!
(Cae exánime.)
BETHS. Perdió el sentido. (Acudiéndola.)

PEDRO. (Incitando á Ghirlandajo á descubrir las pruebas.)
Volverá el aliento
soltando la ceñida vestidura.
(Ghirlandajo acosa á Bethsabé que desciñe la garganta de Gabriela.)

GHIRL. Abre. ¿Su alma no vimos ha un momento?
¿Qué cosa habrá ya en ella más impura?

SAVON. ¡Si la injuriases!...

GHIRL. No: «perdon» me dijo.
(Caen del seno de Gabriela un paquete sellado y una carta. Andrés pone el pie sobre ésta y recogiendo el primero se lo entrega á Ghirlandajo.)

ANDRES. Ved qué pliego cayó de su garganta.

PEDRO. Las pruebas.

GHIRL. (Á Andrés.) Dame.

PEDRO. ¿Dudas?

GHIRL. (Indeciso.) No; me aflijo.

ANDRES. (Quien bien siembra, recoge hasta en su plan-
[ta.)
(Recogiendo la carta y guardándosela cautelosamente.)

GHIRL. Rásguese al fin el misterioso arcano
que en menguado papel mi oprobio sella.
(Va á abrir el pliego y Miguel Ángel le detiene haciéndole notar una leyenda que hay sobre las guardas.)

MIGUEL. Ántes que lo profane vuestra mano
mirad si digno sois de que esté en ella.

GHIRL. (Leyendo solemnemente.)
«Si de honrado se precia y bien nacido
»quien ponga ante sus ojos este pliego,
»respetando el blason no dé al olvido
»que órden le impongo de arrojarlo al fuego.»
(Gran pausa durante la cual se ve á Ghirlandajo sostener un rudo combate con sus ideas. Por fin se calma como decidido á cumplir con un deber.)
Ó inocente es mi esposa ó no es dictada
por Dios la prueba á que me expone el hado.
En la duda, en tí creo.
(Mirando á Gabriela con ternura y arrojando el paquete en el hogar donde se consume.)

TODOS. (Asombrados.) ¿Qué haces?

GHIRL. (Con alma.) Nada:
probar que, sin honor, aun soy honrado.
(Queda señalando el paquete mientras arde.—Todos se miran confundidos.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.—Es de noche. Una lámpara colocada sobre una mesa alumbra la estancia, el fondo queda cerrado por los cortinajes que, sueltos, ocultan la galería.

ESCENA PRIMERA.

GHIRLANDAJO, MIGUEL ÁNGEL y SAVONAROLA agrupados alrededor de la mesa.

MIGUEL. (Á Ghirlandajo.)
Dejad, señor, que mi labio
por la inocencia ofendida
vuelva, y los hollados fueros
rescate de la justicia.

GHIRL. Si eres inocente, calla;
si culpable, hablar evita
que arma el silencio es de honrados
y de infames la mentira.

MIGUEL. Pero...

GHIRL. Basta. De las pruebas
sólo quedan las cenizas,
y viento son las palabras
ante el que la fé vacila.
Si inerme en su virtud creo
deja en reposo mis cuitas,

que más que dudas despiertas.
quiero esperanzas dormidas.

SAVON. (Ella es un ángel.) (Ap. á Ghirlandajo.)

GHIRL. Luzbel,
que ángel fué, cayó en la sima.
(Á Miguel Ángel.)
Emisario de Venecia,
no obstáculo de mi dicha,
miro en tí: calle el dolor
y hable la patria. Ya hoy Pisa,
Liorna y Pietra-Santa fueron
por Pedro á Cárlos cedidas,
y el pueblo en la rebelion
á ahogar se apresta sus iras.

MIGUEL. Pueda librarse Florencia
del peso de su ignominia.

SAVON. Mas para evitar que Judas
bese á Cristo en la mejilla,
sus discípulos hoy deben
trocar el sueño en vigilia.

MIGUEL. ¿Recelais de algun traidor?

GHIRL. Donde hay hombres hay perfidia.

MIGUEL. ¿Existen pruebas?

GHIRL. No, dudas.
Es la voz de mis espías
que Pedro, aunque ignora el fin
que abrigamos de las filas
sobornar del rey de Francia,
tuvo evidente noticia
de que á las doce en San Marcos
nos hemos dado una cita
para repartir el oro
que Venecia nos envía.
Cegado por el estímulo
de su insaciable codicia,
no atentar contra nosotros
ordenó hasta el nuevo dia,
por juntos dinero y hombres
ganar en doble partida.

MIGUEL. Somos perdidos.

SAVON. No. El oro
Ghirlandajo por la cripta

sacó que al Arno conduce,
donde en segura guarida,
sólo para él accesible,
queda oculto á ajena vista.

GHIRL. Con el fin de ganar tiempo
la rebelion se anticipa.
Yo á las diez sublevo el campo,
á esa hora tú de vigía
desde lo alto de la torre,
en cuanto anuncie la pira
mi llegada y el soborno,
das la señal convenida
y al resplandor de San Marcos
se ahuyenta la tiranía.

MIGUEL. ¿Corro á mi puesto?

SAVON. Aún es pronto.
Para honrar al nuevo Fidias
que esculpió el amor dormido
la asistencia hoy solicita
Médicis á su palacio
de las pléyadas artísticas.
Vayamos, pues, no sospeche.

GHIRL. Será breve la entrevista,
que allí las fiestas del arte
las acorta la lascivia.

MIGUEL. Yo iré con vos al convento. (Á Savonarola.)

SAVON. Solo y por ignota vía
que la vigilancia burle
de tanto esbirro que mira.

GHIRL. Las gradas que de las termas
conducen á las ruinas,
dan descenso como sabes
á una oscura galería
donde á la hora del reposo
mancebos de airada vida
compran menguados placeres
á impúdicas hetaïras.
Allá en el fondo, ya lejos
del rumor de las caricias,
una abertura verás
rasgada en la peña viva:
entra, y por la abrupta rampa

que hay á su pie, te desliza
hasta dar con una puerta
cuyo herraje es un enigma
que solo esta llave entiende (Dándole una.)
y que á la torre encamina.
Pero jura defender
con tu sangre esta reliquia,
que ella guarda á mi Lucrecia
de asechanzas enemigas
que para matar mi gloria
me tiende ha tiempo la envidia.

MIGUEL. Vivid alerta. He sabido
que Andrés celoso medita
por todo medio evitar
el fin de esa maravilla
privándoos de la existencia
si es preciso.

GHIRL. ¡Inmunda víbora!

SAVON. Esa llave, Miguel Ángel,
entre tus manos peligra.

GHIRL. y MIGUEL. ¡Cómo!

SAVON. Al toque de oraciones,
segun ordenanza inícua,
todo seglar que transite
por las calles de la villa,
de los sicarios de Médicis
está expuesto á la requisa.
Si Andrés nuestro plan sospecha
te señala á su jauría
y dueño del talisman
—pues no ignora la salida
secreta que del convento
lleva á la ciudad antigua—
en vez de entrar, cual presume,
forzando la portería,
nos sorprende de improviso,
nuestro proyecto aniquila
y al fuego entrega tu cuadro
(Á Ghirlandajo.)
para alumbrar su alegría.

GHIRL. Decís bien.

MIGUEL. Abrid vos, padre,

por dentro.

SAVON. ¡Jamás! Podrían
sorprenderme: hay quien me acecha
dentro de mi celda misma.

GHIRL. Ya tengo un medio seguro.

MIGUEL y SAVON. ¿Cuál?

GHIRL. (Llamándola.) Bethsabé.

SAVON. ¿La judía?

GHIRL. Si; la ronda á las mujeres
respeta.

MIGUEL. Pero esa niña...

GHIRL. Nos será fiel; yo lo fío.

SAVON. ¿Vas á iniciarla en la intriga?

GHIRL. No hay para qué.

ESCENA II

DICHOS y BETHSABÉ.

BETHS. Señor, ¿llamas?

GHIRL. Si quieres hacerte digna
de mi cariño y del santo
sacramento que en tu limpia
frente ha de borrar mañana
de tu secta el negro estigma,
jura obedecerme en todo.

BETHS. Por merecer tus sonrisas
y rezar las mismas preces
que al cielo tu labio envía,
premios, que no sacrificios,
veré en tus órdenes: díctalas.

GHIRL. Apenas oigas que el son
de la campana vecina
las nueve anuncia, á las gradas
de las termas sin más guía
que tu obediencia, en tu manto
recatada irás. ¿Vacilas?

BETHS. Yo... ¿por qué!

GHIRL. El sitio es de infamia

BETHS. ¿No fué al Gólgotha María?
Prosigue.

GHIRL. Allí á Miguel Ángel,

que ostentará por divisa
blanco cendal en el hombro,
darás esta llave. (Entregándosela.)

SAVON. Cuida
de protegerla de error
y ampararla de rapiña,
que está de un pueblo en tus manos
la salud ó la agonía.

BETHS. Reposad en la que os debe,
catecúmena y mendiga,
el pan de la caridad, (Á Ghirlandajo.)
y el pan de la Eucaristía. (Á Savonarola.)

MIGUEL. La hora avanza.

SAVON. Sí; partamos.

GHIRL. Pero por rutas distintas.
Vos, padre, por el jardin;
él por acá. Yo á seguida
vuestra marcharé á palacio.
Bethsabé al prior indica
tú el camino y cierra luégo.

SAVON. Hijos, el cielo os bendiga.

MIGUEL. Que él nuestra causa proteja.

GHIRL. Dios te salve, patria mia.
(Vánse Savonarola y Bethsabé por el fondo, Miguel Ángel por la escalera. Ghirlandajo así que se ve sólo se entrega á su dolor.)

ESCENA III.

GHIRLANDAJO.

¿Cómo rescatar su amor?
¿Con qué adormecer mis celos?
Si para calmar sus duelos
reclama sangre el honor.
¿Por qué al sentir el quebranto
que mi ilusion envenena,
yo, en vez de la sangre ajena,
tengo sed del propio llanto?
Si amor muere y la honra advierto
que aunque huye en volver consiente,
¿quién se acuerda de un ausente

teniendo delante un muerto?
(Saca un sello de papel que lee con amargura.)
«Finge ir al campo á explorar;
»mas, cauto, la ausencia evita
»que hoy tu esposa tiene cita
»con la deshonra en tu hogar.»
(Con creciente excitacion.)
Miente el escrito villano;
calumnia escondida lanza.
No es consejo, es asechanza
lo que me tiende esta mano.
Por celos quieren que en mí
se trueque el mártir en Judas.
Mi patria ántes que mis dudas.
Iré al campo... y vendré aquí.
(Con violenta transicion del noble enojo á la afliccion quo le prorura su invencible debilidad.)
Que en la lucha á que hoy me fío
no quiero, esclavo de error,
vívir si es de otro su amor,
ni morir sin ver que es mio.

ESCENA IV.

GHIRLANDAJO y GABRIELA, saliendo de su cuarto.

GHIRL. (Ap.) (¡Gabriela! En su palidez
busco infamia y penas leo.)
GAB. ¿Merecerá al fin la reo
que la interrogue su juez?
GHIRL. (Haciéndose violencia.)
Ni hay daño en mí ni en tí culpa.
Así á callar te sentencio,
que inocente es el silencio
y es criminal la disculpa.
GAB. Si en tus palabras doblez
no envuelves, me das la vida,
porque me abriste honda herida
calumniando mi honradez.
GHIRL. ¿Perdon no dijiste?
GAB. Advierte...
GHIRL. No sigas.

GAB. Teson extraño.
GHIRL. Ni quiero dar fe al engaño.
ni al sospechar ofenderte.
GAB. En Dios que me ve te inspira.
GHIRL. (Ap.) (Dudo injusto? ¿Débil creo?
«Verdad» me grita el deseo,
y el dolor dice: «mentira.»
(Resueltamente.)
Vendré á buscar la evidencia
mordazas dando al reproche.)
(Alto.) Gabriela, adios. Esta noche,
como sabes, de Florencia
me tendrá el deber ausente.
GAB. Á tan santa obligacion
se somete la razon
aunque el cariño lo siente.
GHIRL. Como en tu inocencia fío
y á ella el recelo se inmola,
dígalo el dejarte sola
con mi honor.
GAB. Y con el mio.
¿Vendrás pronto?
GHIRL. (Ap.) (Contar ciertas
las horas quiere el exceso.)
GAB. Ven mañana á darme el beso
con que siempre me despiertas,
si mi culto no cesó
ya en el altar de tu fe.
GHIRL. Sí, amor mio, volveré
mañana... pero ántes no.
(Dejándose arrastrar por el cariño y asaltado de repente por la idea de venir á sorprender á su esposa á quien quiere persuadir de la impunidad en que la deja su ausencia..)
GAB. Yo aquí esperándote alerta
soñaré con tu venida.
GHIRL. Pero en tu lecho... y dormida;
no sueñes sin mí despierta.
(Siempre acosado por la duda de que las palabras de Gabriela encierren dolo.)
¿Quién?
GAB. (Viéndola llegar.) Bethsabé.

GHIRL. Adios por fin.
GAB. Con bien Él traiga á mi esposo.
GHIRL. Vela de tu ama el reposo.
GAB. Yo te sigo hasta el jardin.
GHIRL. No, adios.
GAB. ¿Ya no sufres?
GHIRL. Nada.
GAB. ¿Tus penas?...
GHIRL. Las dí al olvido. (Acariciándola.)
(¿Por qué no he de ir yo vendido
si á ella la dejo engañada?) (Ap.)
(Váse acompañado hasta el foro.)

ESCENA V.

GABRIELA y BETHSABÉ.

BETHS. (Premio es que su amor consigue;
sombra que él mismo refleja;
pero ella ingrata se aleja
del cuerpo que la persigue,
No merece su traicion.)
GAB. Mis párpados soñolientos
están. Voy unos momentos
á entregarme á la oracion
y á recogerme.
BETHS. No es tarde.
GAB. Fué el dia en sucesos vario.
BETHS. ¿Te sigo?
GAB. No es necesario.
Queda con Dios. (Váse á su cuarto.)
BETHS. Él te aguarde.
(Se queda mirando la puerta por donde se fué Gabriela.)
Piensas mal si á tus devíos
juzgas libres de recelos,
porque si duermen sus celos
están despiertos los mios.
¿Celos dije? No me arguyo:
mas, no siento el torcedor
porque me robes su amor,
sino por robarle el tuyo.

ESCENA VI.

BETHSABÉ y ANDRÉS por la escalera.

ANDRES. (Ap.) (Ya partió. En dudas le abrasa
mi escrito, con el que intento,
si se libra del convento,
tenderle un lazo en su casa.
Pero á fin de sorprender
en silencio le clausura
llave he de hacerme segura
del amor de esta mujer.) (Por Bethsabé.)
BETHS. ¿Quién? (Volviéndose asustada.)
ANDRES. Yo. No llamé á la puerta
por no alarmar á la gente,
ya que álguien ménos prudente
la dejó al salir abierta.
BETHS. Casualidad algo extraña.
ANDRES. No des valor á un descuido.
Y bien; ¿ya te has convencido
de que le vende y le engaña?
BETHS. Callad. Si fué en mi tormento
pródigo el dia en azares,
para aumentar mis pesares
no hallo oportuno el momento.
ANDRES. La salvacion de su vida
no mi interés encadena
con el rigor de tu pena
la urgencia de mi venida.
BETHS. ¿Su salvacion? (Aterrada.)
ANDRES. ¿Dónde está?
BETHS. Mas, ¿quién? ¿Mi señor, mi dueño?
ANDRES. Si; de hablarle tengo empeño.
BETHS. Salió ha poco. (Con miedo por Ghirlandajo.)
ANDRES. (Fingiendo desesperacion.) ¡¿Fuese ya?
BETHS. ¿Peligra? (Con ansiedad creciente.)
ANDRES. (Ap.) (Herí su pasion.)
BETHS. Mi ansiedad poneis á prueba.
ANDRES. Si; que á San Marcos le lleva
por engaño la traicion.

BETHS. ¿Qué decís?
ANDRES. Que un precipicio
le abrió pérfida amistad,
y en vez de á la libertad
camina ciego al suplicio.
BETHS. ¡Qué horror! Corramos.
ANDRES. Detente.
BETHS. Fuerza es salir en su busca.
ANDRES. Tu tierna razon se ofusca;
no sabe amor ser prudente.
Para impedir el intento
del noble impulso que aduces
guardan ya dos arcabuces
cada puerta del convento.
BETHS. ¿Qué hacer? (Desolada.)
ANDRES Solo un medio habría
de llegar hasta la nave.
BETHS. ¿Cuál?
ANDRES. Hacernos con la llave
de la oculta galería
que á Ghirlandajo da entrada
secreta hasta su taller
en que, sin dejarla ver,
pinta su obra más preciada.
BETHS. Se salvó. (En un arranque de alegría.)
ANDRES. ¿La tienes?... Dí.
BETHS. No. (Reprimiéndose.)
ANDRES. (Ap.) (Su gozo oculta en vano.
Tú la pondrás en mi mano
pidiendo quedarte aquí.)
BETHS. Si á Miguel Ángel consigo
prevenir...
ANDRES. Tente, insensata.
Miguel Ángel es quien mata
por la espalda á su enemigo.
BETHS. ¡Cómo!
ANDRES. La cita el traidor
le dió en nombre de Florencia
porque esta noche en su ausencia
vendrá á robarle su honor;
(Bethsabé le escucha presa de una violenta agitacion.)

Que entre impuros desvaríos
ella le aguarda en sus brazos.

BETHS. (Estallando.)
Pero, no entero, á pedazos
se lo entregarán los mios.
La llave guardo escondida.
Vedla. (Sacándola.)

ANDRES. Corre en su favor.

BETHS. Nunca. Para mi señor
la honra es ántes que la vida.
No iré aunque él muere quizás,
que á sus ojos me denigro
si yo, al medir el peligro,
no me quedo donde hay más.

ANDRES. Entónces... (Fingiendo irresolucion.)

BETHS. En vos mi fé
deposito y mi esperanza.
Tomad, partid; la hora avanza.
(Le dá la llave.)

ANDRES. Pues tú lo exiges, iré.
(Disimulando su gozo.)

BETHS. Mas... ¿no engañais mi deseo?

ANDRES. ¡Mal haya tu duda fiera!
Toma la llave y que muera.

BETHS. ¡Perdon! Estoy loca. Os creo.
(Obligándole á conservar la llave. Pausa.)
Mientras que al oprobio libra
la infame tanta pasion,
su desden el corazon
me arranca fibra por fibra.

ANDRES. Tanto le amas?

BETHS. Mi martiro
se acrecienta con sus duelos.
Si amor se mide por celos
lo que yo siento es delirio.

ANDRES. ¿Qué dieras porque él te amara
fundiendo en uno dos seres?

BETHS. Mi vida.

ANDRES. Pues hoy, si quieres,
Dios tal dicha te depara.

BETHS. ¡Qué escucho! ¿Decís verdad? (Extasiada.)
¿Ser yo su objeto preciado?

Pero esta idea es pecado.

ANDRES. No; venganza.

BETHS. ¡Amor! Hablad.

ANDRES. Cuando vuelva del convento.

BETHS. Pero, ¿vendrá?

ANDRES. Te lo fío.
Tú, á fin de su cuerpo frio
reanimar por un momento,
sírvele de este licor
que te destina la suerte,
por el cual al que lo vierte
da el que lo liba su amor.
(La entrega un pomito que ella cubre de besos con infantil credulidad.)

BETHS. ¿Y veré de su tormento
la causa vil despreciada?
¿Lograré siempre encerrada
mecerme en su pensamiento?

ANDRES. Vivirá para adorarte
de tu ventura testigo.
(Ap.) (Ya no irá al campo enemigo
ni á la gloria por el arte.)
(Con feroz alegría.)

BETHS. Traedme pronto su sonrisa:
no os goceis en la tardanza;
llevad con vos mi esperanza
para que andeis más de prisa.

ANDRES. Alas me dará el empeño.
(Besando la mano que despues conserva aún entre las suyas y que ella le obliga á oprimir violentamente.)

BETHS. Torturadla con rigor.

ANDRES. (Obedeciéndola á pesar suyo.)
Pero...

BETHS. Más. ¡Siento el dolor!
Estoy despierta: no sueño.
(Extasiada en su alegría. Andrés se va por la escalera.)

ESCENA VII.

BETHSABÉ aproximándose á la lámpara y contemplando al trasluz el pomo.

Ya estas gotas cree la mente
que se animan por instantes
al circular ondulantes
en su prision transparente,
y que hasta en forma ideal
la luz de sus ojos toman
que para verme se asoman
impacientes al cristal.
(Enjugándose el llanto.)
¡Lágrimas vierto! ¿Qué error
trueca mi dicha en quebranto?
¿Pueden parecerse tanto
la alegría y el dolor?
Pero no; que unas lo entibian
y otras mi rostro abrasaban.
Las de la pena me ahogaban;
y estas del placer me alivian.
(Se queda con la cabeza inclinada sobre la mesa. Ghirlandajo aparece por el fondo y, recatándose en el cortinaje, pasea una mirada escrutadora por el aposento.)

ESCENA VIII.

BETHSABÉ y GHIRLANDAJO.

GHIRL. (Ap.) (Nadie en palacio; en las gradas
silencio de sepultura.
Celos en mí, y en la calle
velado un hombre en la bruma:
fuerza es saber si el fantasma
se despide ó si se anuncia;
que si aguarda, aún es deseo,
si se aleja... ya es injuria.)

BETHS. (Ap.) (Resuenan pasos... ¿Quién... Él.

Dios le ha prestado su ayuda.)
(Alto, viéndole avanzar cauteloso.)
Muerto el color de los labios
traes y la mirada turbia.
¿Por qué indeciso caminas?

GHIRL. Porque marcho sobre dudas
y en despertarlas vacilo,
que mientras duermen no punzan.
¿Quién vino en mi ausencia?

BETHS. (Con voz ahogada y volviendo el rostro.) Nadie.

GHIRL. ¿Por qué tu voz es de angustia
y es de miedo tu mirada,
que una apagas y otra ocultas?

BETHS. Porque llevas en el rostro
pintada la desventura,
y hablar al dolor me aflige
y el contemplarlo me asusta.

GHIRL. (Obligándola á mirarle.)
Las ventanas de tus ojos
abre y mi razon alumbra;
que anda mi dolor á tientas
y tropieza yendo á oscuras.

BETHS. (Con misterio creyendo adivinarle el pensamiento.)
No vino Miguel.

GHIRL. (Reprochándose el ser descubierto.)
¡Traidora!

BETHS. ¿Yo?

GHIRL. Mi pena, que al ser muda,
como en él verla no puedo,
se asoma al rostro y me acusa.

BETHS. Si sufres tanto...

GHIRL. Tú ignoras
lo que el alma en esta lucha
padece al ver crímen de otro
lo que era inocencia suya.
Sólo se aprende con celos
y tú no has amado.

BETHS. Nunca.
Pero que han de ser presumo
para el que ama con locura,
cadáver yerto el desden,
y el corazon negra tumba.

Olvídala.

GHIRL. ¿Yo?... Imposible.

BETHS. Siempre la humana criatura
persigue el mal que la evita
y huye del bien que la busca.
De esa pasion, que por premio
sólo alcanza oprobio y burlas,
álguien tal vez la limosna
recogiera con usura.

GHIRL. ¿Quién?

BETHS. Lo ignoro. Mas si es cierto
que las almas por la ruta
del amor sin luz caminan
y tropezando se juntan,
al mirar tu union informe
¡qué triste allá en la penumbra
vagará la que hizo Dios
para chocar con la tuya!

GHIRL. ¿Yo amar á otro ser?... Si el cieno
con que me mancha la impura
llevara á mi pecho el gérmen
de sus torpezas adúlteras,
del corazon sus raices
arrancara con mis uñas;
que si así duele la ajena,
¿qué no hará la propia culpa?

BETHS. (Ap. y como reconociendo la torpeza de sus propósitos.)
(Mi conciencia está á sus labios
asomándose desnuda,
mas no es la misma ahí despierta
que durmiendo en su clausura.
Dentro es blanca y calla y rie;
fuera es negra, y grita y juzga.
Gracias, Señor, que me inspiras
el horror de mi conducta.)

GHIRL. Si tú me amases...

BETHS. ¿Yo?...

GHIRL. Fíngelo.

BETHS. No podré.

GHIRL. Si la ternura
filial con que recompensas

mis dones, la forma augusta
de una pasion noble y grande,
—sin sombra de mancha alguna,—
tomara en tí, y los desvelos
con que solícita adulas
mi existencia, te pagara
con desprecios y censuras,
¿fuera alivio á tus pesares
matar mi imágen adulta,
ciñendo á un afan naciente
del amor las vestiduras?
No; sino castigo fuera
de tus recuerdos que, en turba,
condenárante á vivir
entre una aurora sin música
y una noche humedecida
de tu llanto por la lluvia,
sentada al pié de un sepulcro
para mecer una cuna.

BETHS. Sí. Se sufre, mas se calla.

GHIRL. No se calla, se pregunta
por qué al sembrar beneficios
se cosechan amarguras.
Sin nombre, la entregué un nombre,
pobre, la dí una fortuna;
tierno amante, me desprecia:
¿Dónde está Dios? (Blasfemando en su dolor.)

BETHS. (Solemnemente.) En su altura.

GHIRL. ¿Cómo?...

BETHS. (Sacando el pomo y aparte.)
(Que le ame... quien debe.
Feliz sea aunque yo sufra.)
(Alto.) Toma este licor; tú mismo
sus gotas una por una
dale á apurar, que ellas saben,
cuando en las venas circulan,
llevar al desden deseos
y al hielo la calentura. (Dándole el frasco.)

GHIRL. (Presintiendo una asechanza.)
¡Bethsabé!... ¿Qué plan meditas?

BETHS. ¿Yo?...

GHIRL. Responde á mis preguntas:

¿Eres la idea del crímen,
ó el brazo que lo ejecuta?

BETHS. No entiendo.

GHIRL. ¿De qué te vengas?

BETHS. (Horrorizada al comprender.)
¡Jesús!...

GHIRL. ¿Qué acerada punta
tu filtro esconde?

BETHS. Lo ignoro.

GHIRL. Mientes.

BETHS. No.

GHIRL. Pues habla.

BETHS. Escucha
Te engañé: en tu ausencia vino..

GHIRL. (Inquieto hasta oir el nombre.)
¿Quién?

BETHS. Andrés. Pálida y mustia,
recordando tus pesares
aquí me halló y, por excusa
tomando aquella tristeza,
me hirió con honda calumnia.
No sé cómo... porque yo
jamás su quimera absurda
sentí bullir en mi mente,
pensó... su vejez le escuda,
que yo te amaba en secreto.

GHIRL. ¿Tú?

BETHS. Ficcion, fábula, argucia
que al repetirla mi labio
tiñe mi rostro de púrpura.

GHIRL. Pero... ¿no es verdad?... (Receloso.)

BETHS. ¿Qué te amo?..
No. Te adoro. (Llevada por la pasion.)

GHIRL. Calla, ilusa.

BETHS. Por gratitud, por respeto, (Reprimiéndose.)
como amo á Dios por natura.
«Si secar quieres el llanto—
dijo—«en tus mejillas húmedas,
»vertiéndole este licor
»tendrán sus desdenes cura.»
Mas yo, al recordar que sufres,
para que tus penas huyan,

esas perlas transparentes
—sin reservarme ninguna—
creyéndolas sus caricias,
te las guardé todas juntas.

GHIRL. (Comprendiendo la traicion.)
¡Desgraciada!

BETHS. ¿Qué hecho yo?

GHIRL. La huesa abrirme.

BETHS. (Aterrada.) ¿Qué!...

GHIRL. Inmunda
víbora se esconde en él
bajo la humana envoltura.
Mi muerte juró, y caduco,
supliendo al valor la astucia,
para el puñal harto débil,
me asesina con cicuta.

BETHS. ¡Qué horror!

GHIRL. (Con rápida transicion.)
Calla. Siento ruido.
Si no es el ¡ay! de mis úlceras,
son las ojas que se quejan
bajo el pie que las tritura.
Álguien entró. (Escuchando.)

BETHS. Será el viento.

GHIRL. No; el viento silba y se anuncia.
Queda aquí: si llegan, grita.
(Dispuesto á salir.)

BETHS. ¿Vas solo?

GHIRL. Llevo mi furia
que, con mis celos, son más
que él con su infamia, que es mucha.
(Váse precipitadamente por el fondo.)

ESCENA IX.

BETHSABÉ, á poco GABRIELA y PEDRO por el fondo.

BETHS. Si de mi mano inocente
le salvó tu bondad suma,
líbrale ¡oh Dios! del oprobio.
(Va á mirar por el fondo.)
Nada se ve en la espesura,

¡Qué oscuridad! Velan nubes
el resplandor de la luna,
pero un confuso rumor
creciente en los aires zumba.

GAB. (Dentro.) ¡Socorro!

BETHS. Esa voz...

GAB. (Saliendo de su cuarto perseguida por Pedro.)
¡Socorro!

PEDRO. No grites más.

BETHS. (Ap.) (¡Vírgen pura!
¡Médicis aquí!... ¡Señor!...)
(Váse sin ser apercibida.)

PEDRO. Benigna acoge mis súplicas.

GAB. ¿Quién de mis honradas puertas
os abrió las cerraduras?

PEDRO. ¿Qué importa si aquí llegué?

GAB. Salid.

PEDRO. Premiado. (Avanzando.)

GAB. (Parapetándose.) ¡Me insulta!

PEDRO. Piensa que de hondos secretos
serán tus dones ganzúas.
En esta carta que Andrés
(Muestra una. La misma que Andrés sustrajo al fuego en el acto primero.)
robó al fuego, noble pluma
trazó, en anchos caractéres,
el secreto de tu alcurnia.
Cómprasela con tu amor.

GAB. Temed que al rostro os escupa
por ver si el blason os mancho
con mi sangre ó si él la ensucia.

PEDRO. Deja á mis brazos formar
cadenas de tu cintura.

GAB. ¡Tened!... Favor... Acudidme...
(Médicis se lanza en su seguimiento, pero ella abre la ventana por donde entra Miguel Ángel, mientras Ghirlandajo y Bethsabé aparecen por el fondo.)

ESCENA X.

DICHOS, MIGUEL ÁNGEL, GHIRLANDAJO y BETHSABÉ.

BETHS. (Señalando Médicis á Ghirlandajo.)
Mira.
GHIRL. (Yendo á precipitarse sobre él.)
¡Infame!
MIGUEL. (Deteniendo á Pedro.) Atrás... lujuria.
TODOS. ¡Miguel!
(Ghirlandajo que avanzaba, retrocede con Bethsabé sin que nadie se aperciba de ellos.)
GHIRL. (Con agudo grito sujetándose el corazon.)
¡Ay!
BETHS. (Ap. á Ghirlandajo asustada.)
(¿Qué tienes?
GHIRL. (Ap. á ella.) Nada.)
Ya ni amor, ni honra, ni dudas.
GAB. Salid. (Á Pedro.)
PEDRO. Sí haré; mi presencia
comprendo que es inoportuna.
Mas... todo es venganza.
(Váse por la escalera.)
GAB. ¿Qué?
MIGUEL. Lobo herido siempre ahulla.
GHIRL. (Ap. á Bethsabé.)
(Déjame á solas con ellos.
BETHS. Pero...) (Gabriela cierra la ventana.)
GHIRL. (Imperioso.) Vete.
BETHS. (Ap., yéndose por el fondo.) (Dios te acuda.)
GHIRL. (Ap.) (Prosigue tu curso, noche
de amor para todos última.)
(Ocúltase entre los cortinajes.)

ESCENA XI.

GABRIELA, MIGUEL ÁNGEL y GHIRLANDAJO.

Este presencia recatado toda la escena, dejando ver en su semblante las impresiones que recibe.

GAB. ¿Tú aquí, Miguel?

MIGUEL. (Emocionado.) La fiesta de palacio
bruscamente no ha mucho interrumpi
llenaba yo en las calles el espacio
con que á vagar el tiempo aún me convi
Por acaso al cruzar la tuya un grito
hiere mi alma y mis ojos un reflejo:
temblando, por tu alfeizar de granito
subo, te salvo... y con valor me alejo.
(Con gran resolucion.)

GAB. Parte, Miguel, porque en mi sueño ausei
fuera causa de enojos tu presencia.
Mas ántes dime; si el deber consiente
que rompas del secreto la prudencia,
¿cuál se encierra en los pliegos que tu mar
puso en las mias trémulas?

MIGUEL. Lo ignoro.
Al morir en Caprese el noble anciano
que fué mi padre y cuya ausencia lloro,
sus bendiciones y su adios postrero
llegáronme con ellos á Venecia..
»Como implorar—decia—el perdon quiero
»de álguien que me maldice ó me desprecia,
»portador ciego tú sé de este arcano
»—jamás abierto á indiscrecion alguna—
»que unir me impide con benigna mano
»tu limpia estirpe á su bastarda cuna.»
Llego, y al templo corro en que solía
verte: allí estás, mas con ahogado acento:
«soy de otro,» dices, y la carga mia
te libro, y callo, y sin llorar me ausento.
Pero ante el ara en que el primer suspiro
de tu amor recogí mis piés se clavan.
Algo quema mi rostro, lo alzo, miro...
Y eran las luces que por mí lloraban.
Lo demas ya lo sabes: vengo, acudes;
que es tu morada advierto al verte en ella
Vicios son á los celos las virtudes;
te calumnian, me infaman, se nos huella,
y en su encono la planta irreverente
nos deja sólo al fin, de herir cansada,
sangre en el corazon, lodo en la frente,
fuera baldon... y en la conciencia... nada.

(Con arrogante dignidad.)

GAB. ¿Pues cómo á la inquietud en mi está abierta?

MIGUEL. Lo ignoro, mas ¡por Dios! no es obra mia,
porque sólo el pecado la despierta,
y á mí amor tu conciencia se dormía.

GAB. ¿Y no es delito, y perversion, y dolo,
ver que le honra y le acata el pensamiento,
y saber que soy sincera, y que sólo
cuando le amo por lástima le miento?

MIGUEL. ¡Cómo!... ¿Vivo aún en tí?... Penas tan graves
mi ausencia evite. Adios.

GAB. (Deteniéndole.) Tu adios me ofende.

MIGUEL. ¿Porque te dejo?

GAB. (Con altivez.) No; porque no sabes
esgrimir el deber que nos defiende.
Pues la pasion que en evocar consiento
por fines de ella dignos, te acobarda,
grano de arena sé que barre el viento.
Vete: yo seré el monte que lo aguarda.

MIGUEL. (Acercándose confundido.)
Si con las tablas del honor, al verte
débil, mi fuga me formó un santuario,
de él bajo con rubor, que eres más fuerte
que yo en el Sinaí, tú en el Calvario.
Habla.

GAB. Todo lo dije. Resignada
soporto del deber la pesadumbre,
que no es premio en la esposa ser honrada:
nació con la mujer, y en mí es costumbre.

MIGUEL. Recuerda que es tu dueño.

GAB. No lo olvido

MIGUEL. Mi imágen borra en tí.

GAB. No me da miedo.

MIGUEL. Favor pide á tus fuerzas.

GAB. Ya lo pido.

MIGUEL. Pues ámale.

GAB. No sé.

MIGUEL. Quiere.

GAB. No puedo.

MIGUEL. Te lo ordena el deber.

GAB. Siempre lo invoco.

MIGUEL. Haz de él tu religion.

GAB. Él es mi culto.
MIGUEL. Yo no iré nunca al crímen.
GAB. (Solemnemente.) Yo tampoco.
Mas tú le oyes cobarde y yo le insulto.
No te amo; es que te amé por una vida
y te llevo sin mancha en la conciencia;
pues tu honor es mi honor, que está fundida
la masa de tu ser en mi existencia.
Y Dios bendice afanes tan prolijos
que á la estéril virtud frutos consiente,
y me deja ser madre de esos hijos
que llevas encerrados en tu frente.
Pues bien, de mí te aparta; pero evita
pensar que de tu fuga hago baluarte.
No es la flaca materia que «huye» grita;
soy la noble virtud que dice: «parte.»
De mi esposo sembrar con mano fuerte
paz quiero, si no amor, en el camino;
porque, falto de luz, que son no advierte
su duda humana y nuestro amor divino.
Mas le veré feliz, pues ignorando
que es si te alejas que mejor te escondo,
noble al mirar de frente irá pensando
que estás más lejos porque estás mas hondo.
(Por el corazon. Pausa.)
MIGUEL. Eras libre y ni un beso en mi ternura
dejé ostentar al labio por presea.
De otro, al darte hoy un adios mi pasion pura,
ni aun te besa en espíritu la idea.
Así pago la ofensa al que el reposo
perdió juzgando mi intencion bastarda.
GAB. Perdónale.
MIGUEL. Es verdad. Ama á tu esposo.
Gabriela, adios por siempre.
GAB. Adios.
GHIRL. (Interponiéndose.) Aguarda
GAB. ¡Cielo santo!
MIGUEL. ¡Él aquí!
(Quedan ambos confundidos.)
GHIRL. (Ap.) (Si en su coraje
mata el juez de su honor y el mal redime,
préstame ¡oh Dios! para tan santo ultraje

venganza digna de él por lo sublime.)
(Á Gabriela en voz alta.)
Tú que mentir no sabes, tú que alcanzas
toda la inmensidad de mi agonía;
tú que ya no me debes ni esperanzas,
la verdad no me ocultes: esa es mía.
¿No es cierto, dí, que con uncion sincera,
tu desden recordando, algunas veces
sin hablar murmurabas: «¿quién pudiera
»darte el bien que te niego y que mereces?»

GAB. Sí.

GHIRL. ¿No es verdad que, pájaro sin nido,
cuando el calor buscaba de tu seno,
por mí de compasion llanto has vertido
al decirme: «no cabes, ya está lleno?»

GAB. Sí.

GHIRL. ¿Negarás que un hueco al lado suyo
tu mano quiere abrirme, y que te arredra
ver cómo está en el pecho á pesar tuyo
maziza tu pasion tallada en piedra?

MIGUEL. ¡Por piedad!... Ved cuál sufre.

GAB. Sé clemente.

GHIRL. ¿Aún más?... ¿Pues no perdono aunque ba-
¿No flotan de ese amor en la corriente [tallo?
mis ilusiones muertas, y me callo?
Yo sé que algo hay de Dios en tu heroismo;
que al querer olvidarte en tu decoro
no puedes. ¡Es fatal! Yo hago lo mismo:
cuanto más me desprecias, más te adoro.
(Pausa. Á Gabriela con temor.)
Dime; ¿sueño es tal véz de mi flaqueza
pensar que en tu alma un dia tendré acceso?
(Gabriela baja la frente. Él ahoga su pena suspirando.)
¡Callas! No importa. Dice tu cabeza
que sí al doblarse del dolor al peso.
Y si estos hierros que oprimirte sientes
rompiera el sino en sus revueltas ondas,
¿fueras suya y feliz? Si niegas mientes
y si afirmas me matas... no respondas.
(Dirigiéndose á Miguel y á Gabriela sucesivamente.)

Digno, huyes tú. De su pasion intensa
vence en ella el honor. Yo admiro y siento.
Dios no debe dejar sin recompensa
la virtud, la honradez y el sufrimiento.
(Á Gabriela.)
Una sola venganza necesito
tomar de tí, mas noble, no iracundo:
la de arrancar á tu conciencia el grito
de que nadie cual yo te amó en el mundo.
(Besándola y estrechándola para que no le impida sus movimientos.)
En tu frente mi imágen esculpida
dejo. Mi ósculo flote en tus ideas.
¿Te impido ser feliz?... Pues ten mi vida:
no quiero que se oponga á que lo seas.
(Apura el licor del pomo que le dió Bethsabé. Movimiento de espanto en Miguel y Gabriela.)

GAB. ¡Qué horror!... Tente.

MIGUEL. ¿Qué haceis?

GHIRL. Romper cadenas
gigante Briareo de cien codos;
premiar vuestra virtud, matar mis penas.
Ninguno era feliz; ya lo son todos.

MIGUEL. ¡Yo deliro!

GAB. ¡Favor! ¡Socorro!

GHIRL. Advierte
que la voz sale en vano de tu seno,
pues la traicion que me condena á muerte
siempre hace sin antídoto el veneno.

GAB. ¡Me asesina el dolor!

MIGHEL. ¡Fiero destino!

GHIRL. Designios son de Dios. Sólo en su arcano
fuera Él capaz, en premio á amor divino,
de inspirarme este esfuerzo sobrehumano.

GAB. Piensa que son supremos los instantes.

MIGUEL. Vivid.

GHIRL. Cese clamor tan inoportuno.
Nacísteis para amaros; vais errantes.
Yo os separé, yo os amo, yo os reuno.
(Uniéndolos en un arranque sublime. Suenan horas á los lejos.)

ESCENA XII.

DICHOS y BETHSABÉ.

BETHS. Señor, patrullas de arqueros
rondan del jardin los muros,
y en las calles solitarias
parece que brotan bultos
que se buscan y se apiñan
hasta que en compactos grupos,
ondas humanas, se alejan
en cadencioso murmullo.

GHIRL. La patria es que «¡alerta!» grita
viendo que en sueño profundo
de ella me olvido pensando
que soy el solo que sufro.
La hora sonó; á nuestros puestos.

MIGUEL. ¿Á dónde vais moribundo?
(Extrañeza en Bethsabé al oir esta frase.)

GHIRL. Á dar un beso á mi madre
para que pueda á su arrullo,
si esclava meció mi cuna,
llorar libre en mi sepulcro.

GAB. Para ello rompe estos lazos. (Le abraza.)

GHIRL. No me detengas.

BETHS. ¡Dios justo!
(Viendo el pomo en el suelo á interrogando con la mirada á Miguel, que afirma.)

GHIRL. Piensa que mata el placer
y que si al mio sucumbo,
por cada estéril caricia
das á Florencia un vordugo.

BETHS. (Ap.) (Y yo, inocente, le mato.)

GAB. Pide auxilio. (Á Bethsabé.)

MIGUEL. Vamos juntos.

GHIRL. Nadie salga. Los efectos
de este tósigo presumo
que son lentos y á mi patria
puede perderla un minuto.
Yo al campo; á la torre tú. (Á Miguel.)
Bethsabé: la llave, al punto.

BETHS. (Trémula y presagiando un mal.)
¿La... llave?...
GHIRL. Sí.
BETHS. No la tengo.
GAB. (Gracias, Dios mio!) (Ap.)
MIGUEL. ¡Ah!
GHIRL. ¡Qué escucho!
¿Dónde está?
BETHS. La he dado.
GHIRL. ¿Á quién?
BETHS. Al que pagando un tributo
de amistad corrió á salvarte
del cadalso á riesgo suyo.
Á Andrés.
MIGUEL. Perdida es Florencia.
GHIRL. ¿Á Andrés digiste? ¿Espantado.)
BETHS. (Acobardada.) ¡Ay! Que juzgo
que para alumbrar desgracias
brillan tus ojos sin rumbo.
Tu vida invocó.
GHIRL. (Fuera de sí.) ¡Traidora!
BETHS. ¿Yo?
GHIRL. Tú, que con labio impuro
mientes gratitud y pagas
beneficios con perjurios.
Tú, que asesinas y vendes.
BETHS. ¡Cómo!
GAB. ¿Ella?
GHIRL. Tú, hediondo buho
disfrazado de paloma!
BETHS. ¡Señor!... (Suplicante.)
GHIRL. Al rostro te escupo.
BETHS. ¡Piedad! (Avanzando.)
GHIRL. (Huyéndola.) Aparta... judía!
BETHS. Mátame. (Cayendo á sus piés.)
GHIRL. No; te conjuro.
(Extendiendo sus dedos en cruz y apartándose de Bethsabé, que desde este momento queda anonadada.)

ESCENA XIII.

DICHOS y ANDRÉS por la escalera seguido de ARQUEROS.

ANDRES. Tened.
TODOS. ¡Ah! (Pausa.)
GHIRL. (Serenándose.) Sé á lo que vienes.
ANDRES. Órdenes supremas cumplo.
Los rebeldes en San Marcos
no están completos en número.
Y pues sois los que el tesoro,
sin duda, guardais oculto,
seguidme Miguel y tú.
GAB. (Interponiéndose.)
Nunca. ¡Atrás!
GHIRL. Ruegas sin fruto.
GAB. Contigo iré. (Asiéndose á su marido.)
ANDRES. Vano empeño.
GAB. ¡Monstruo!
ANDRES. El dolor no es insulto.
(Gabriela y Bethsabé, suplicantes, vuelven la espalda á Ghirlandajo mientras ruegan á Andrés.)
BETHS. Decid mi inocencia á gritos.
GAB. Ponedla precio y, si hay uno,
yo su libertad os compro.
GHIRL. (Ap. á Miguel sintiéndose desfallecer.)
(Miguel, muero.
MIGUEL. ¿Sufris?
GHIRL. Mucho.
Ven, y un adios evitemos
puñal para el alma agudo.
No la mires... Temblarás.
Salgamos de aquí y del mundo.)
(Vánse ambos seguidos de los guardias sin que ellas se aperciban.)
ANDRES. Sólo hay un medio.
GAB. ¡Cuál?
BETHS. Pronto.
ANDRES. Pedro, á favor del tumulto,
en esa calle os espera

(Á Gabriela.)
su amor devorando mudo.
De Ghirlandajo consigo
lleva dispuesto el indulto
por sí, en premio á su pasion,
consentís sin ceño adusto
que, esa ventana al abrirle,
se trueque en placer el luto.

GAB. Callad. ¡Qué amargo la infamia
destila en todos su jugo!
No abriré. ¡Cielos!
(Volviéndose indignada y apercibiéndose afligida de la ausencia de Ghirlandajo.)

BETHS. No están.

GAB. Se fué... y en vano le busco,
que hasta evitarme ha querido
la pena del adios último.

BETHS. ¡Perdon!

GAB. ¡Gracia!

ANDRES. Vuestra mano
pone en su garganta el nudo.
Si abris la ventana es libre.

GAB. Pues con mi cuerpo la cubro
por si á ráfagas traidoras
cede un gozne mal seguro.
Salid.
(Poniéndose delante de la ventana con fiera altivez.)

ANDRES. Cúmplase el destino.
Mas ved que es negro el augurio.

GAB. Mirad vos que mi honra es blanca
y que vuestro aliento es humo.
Dejadme ya.

ANDRES. El cielo os guarde.

GAB. Sí; de vos.

ANDRES. (Ap.) (Mio es el triunfo.)
(Váse por la escalera.)

ESCENA XIV.

GABRIELA, BETHSABÉ y SAVONAROLA por el fondo. La primera, abandonada á su dolor, está delirante. Gran rapidez hasta el fin.

GAB. Bethsabé; á la judería,
vuela en busca de un rabino
que en su ausencia de adivino
sepa impedir la agonía.
Su casa pesa en dinero
pero acudid sin tardanza.
Vé que es poca la esperanza.
Corre; en San Marcos te espero.
¿Quién?
BETHS. El Prior.
SAVON. ¿Dónde está?
BETHS. Preso.
GAB. Moribundo.
BETHS. Loco.
SAVON. (Con desaliento.)
En vano al Señor invoco:
no quiere escucharme ya.
GAB. Dejad que vaya al convento.
SAVON. Detente.
GAB. Si expira.
SAVON. ¿Dónde
no sabrás el oro esconde
destinado al campamento?
GAB. Abridme paso. Lo ignoro.
SAVON. Mira que su independencia
va á comprar con él Florencia,
GAB. Si lo que buscais es oro
tomad mis alhajas todas.
Mis ajorcas... mi cairel.
(Quitándose las pulseras y el cintillo de la frente.)
Tú, á los hijos de Israel
vende el collar de mis bodas.
(Poniéndole á Bethsabé en el cuello, el que rodea

su garganta, y entregándole ademas una llavecita.)
Bajo esta llave escondida
tal vez aún halles alguna.
Vuestra es toda mi fortuna;
yo os la entrego por su vida.
Mas ved que al término toca
su existencia. Atrás los dos.
Dejadme salir por Dios
que si no me vuelvo loca.
(Váse por el foro.)

ESCENA XV.

BETHSABÉ y SAVONAROLA.

BETHS. Ya te sigo.
SAVON. ¿Á dónde vas?
Todo es inútil.
BETHS. ¡Qué escucho!
SAVON. Esas joyas valen mucho,
mas no bastan.
BETHS. Dentro hay más.
SAVON. La riqueza acumulada
de todo el orbe en tu mano,
sin su libertad un grano
de arena es tan solo: nada.
BETHS. No entiendo.
SAVON. Que el pendon rojo
de la insurreccion Florencia
tremola, y sin su presencia
ya es en vano que en su enojo
los rayos el pueblo vibre.
BETHS. (Asaltado por una enorme idea.)
¿Me inspira Dios este paso?
SAVON. ¿Cuál?
BETHS. ¿Podrá vivir?
SAVON. Acaso...
BETHS. No más dudas. Será libre.
(Con heróica resolucion.)
Aquí oculto su perdon.
Aguardad. (Llevándolo á la escalera.)

SAVON. ¿Cuándo?
BETHS. Al momento.
Despues, volad al convento.
(Savonarola va á bendecirla. Ella se lo impide)
No me deis la bendicion.
SAVON. ¿Por qué?
BETHS. Cuando luzca el dia
la recibiré cristiana.
Necesito hasta mañana
ser aun infame y... judía.
(Bethsabé oculta á Savonarola en la escalera, apaga la lámpara y á través de la oscuridad corre á la ventana que abre de par en par para dar acceso á Pedro. Al presentarse este, ella experimenta un movimiento de repulsion y se recata para no ser conocida de él por la claridad que entra de la calle. Habla bajo para que no la venda el timbre de su voz.)

ESCENA XVI.

BETHSABÉ y PEDRO.

BETHS. Esperad que el rubor venza.
PEDRO. ¿Por qué una luz no procuras?
BETHS. No; cerrad. Amadme á oscuras.
Yo no alumbro mi vergüenza.
(Pedro cierra la ventana y queda junto á ella.)
PEDRO. Fiera estás.
BETHS. Amor comprado
vende cara una sonrisa.
Su perdon, que tengo prisa
de contar lo que he ganado.
(Pedro le da un pliego que ella toma echándose á correr á la escalera.)
PEDRO. Ten. ¿Dónde estás? No te encuentro.
BETHS. Moderad vuestra impaciencia.
Digo adios á mi inocencia.
(Besando el pliego y arrojándoselo á Savonarola, quien no se ve.)

Tomad, padre. Infamia, adentro.

(Llamando á Pedro que avanza en la oscuridad hasta arrojarse en sus brazos. Bethsabé se cubre el rostro y cae de rodillas. Telon rápido.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

TRASCORO DEL CONVENTO DE SAN MARCOS, ARQUITECTURA GÓTICA.

DERECHA DEL ACTOR.

La ocupa todo el muro de piedra en cuyo centro, y apoyada en una ménsula, campea á cierta altura una imágen escultural de la Vírgen alumbrada por un farol.

IZQUIERDA.

Primer término: una inmensa ventana.

FONDO.

Arrancando del último término de la derecha hasta el segundo de la izquierda, corre, cortando diagonalmente el escenario, una maciza y elevada galería en la que se apoyan los botareles que sustentan los muros exteriores y semicirculares del coro, cuyas ventanas, con vidrios pintados, asoman por debajo de aquellos. Á esta galería da acceso una ancha escalera colocada casi en el extremo izquierdo y oblícuamente: de modo que el barandal del lado de la Vírgen, cuya cabecera la forma un pingorote adornado con una pila de agua bendita, sea más corto que el que, con un remate igual y avanzando mucho en la escena, se retuerce por el lado opuesto. En el muro de la galería que forma ángulo con el de la ventana, una puerta cerrada con

barras de hierro. Encima de ella y sobre la galería la entrada á la torre, á la que dan acceso unas cuantas gradas, prosecucion de la gran escalera.

ACCESORIOS.

Una gran tela sobre un caballete, con paletas y útiles de pintar alrededor, y un escabel con gradines delante, se halla al pie de la Vírgen en sentido paralelo á la galería, y dispuesto de modo que el público no vea lo que en ella hay trazado, pero sí al que pinta; y que éste pueda recibir la luz por la ventana y estar á distancia conveniente para observar al modelo que oportunamente ocupará el barandal más largo.

Empieza á alborear. Una antorcha encendida alumbra el trascoro desde lo alto de la escalera.

ESCENA PRIMERA.

GABRIELA, BETHSABÉ, MIGUEL ÁNGEL, COSME, FABRICIO y CONJURADOS de rodillas junto al cuerpo de GHIRLANDAJO que, envuelto en unos paños, yace exánime en el suelo sustraido por el caballete á las miradas del público. SAVONAROLA de pie y con los brazos extendidos al cielo entona el rezo de difuntos. ANDRÉS al lado opuesto contempla indiferente el acto. Algunos guardias custodian la puerta. Todos los reos están desarmados.

SAVON. Señor cuya omnipotencia
lleva el espacio infinito;
dispensador de la gracia
y ejecutor del castigo.
¡Oh, Padre del Verbo! Hechura
de Tí propio y de Dios Hijo.
Tú, para el Génesis uno
si para el Gólgota trino;
déjanos, obra de barro,
la envoltura del espíritu

y á Tí vuelva lo que es todo
por ser parte de Tí mismo.
(Todos ménos las mujeres se incorporan y se agrupan alrededor de Andrés.)

ANDRES. Pues ya entonásteis las preces
sobre su cadáver, idos.
Volved donde el Tribunal
decide vuestros destinos.

GAB. No me arranqueis de su lado;
mi pecho ha de darle asilo,
que ya en vida para el mártir
fué sepulcro por lo frio.
Dejad, pues tarde llegué,
que á solas aquí al oido
le digan, muerto, mis labios
lo que le callaron vivo.

ANDRES. Las mujeres de la nave
del convento en el retiro
vayan á llorar sus cuitas.
Vos, padre, pues el peligro
buscais volviendo á San Marcos
cuando os juzgué fugitivo,
resignado, con los vuestros,
la hora aguardad del suplicio.

SAVON. Á mí le córte de Roma
me ha de juzgar, soy ministro
de Dios.

ANDRES. Alejandro sexto
de Florencia es enemigo,
y al reo, no al sacerdote,
ve el Estado ante el delito.

SAVON. Si al valor así apellidas;
si esa injuria el sacrificio
por la patria te merece,
¿tendrá de virtud el título
la traicion que hoy ceñir ansía
la corona de tus vicios?

ANDRES. (Ap.) (¡Qué profiere!... Si mis planes
hubiera álguien sorprendido...)

COSME. ¡Satán!... (Á Andrés.)

MIGUEL. No, Andrés.

FAB. Sí; por ese

cambió su nombre el precito.

SAVON. De la patria agonizante
no le conmueve el quejido.
Puede salvarla y prefiere
verla rodar al abismo.

COSME. ¡Cómo!... ¿Qué escucho?

FAB. ¿Es posible?..,

MIGUEL. ¿Qué os extraña!... ¿No es indigno?...

SAVON. Sirve á Pedro, que en sus arcas
vierte el oro florentino;
pero dadle más y es vuestro.

ANDRES. Yo os perdono esos delirios.
(Ap.) (La intencion solo conoce
mas no los medios... respiro.
No obstante; por si me venden
fuerza es cortarle el camino.)

SAVON. Diez mil hombres en los muros
y una legion al servicio
del rey Cárlos solo aguardan,
de Andrés esclavos sumisos,
que éste les de la señal
para volver con ahinco
contra el pecho del tirano
sus espadas de dos filos.

FAB. Salvad á Florencia. (Á Andrés.)

TODOS. (Suplicante.) Sí.

MIGUEL. ¿Cuánto? (Á Andrés.)

ANDRES. (Con misterio.) Poco. El señorio
de la república en premio,
no en pago, por ello exijo.

TODOS. Jamás. (Separándose de Andrés.)

MIGUEL. Ántes que el oprobio
preferible es el patíbulo.

TODOS. Sí.

ANDRES. Pues corred en su busca.
Vos, padre, quedad conmigo.
Ya es tarde; la luz del alba
penetra por esos vidrios.
Al tribunal con los reos.
(Á los guardias que arrancan á las mujeres de junto al cadáver y rodean á los conjurados.)

TODOS. Vamos.

GAB. De su lado á añicos
me arrancareis, mas no viva.
ANDRES. Mordaza dad á sus gritos.
Sacadla.
GAB. ¡Favor!... ¡Piedad!... (Se la llevan.)
BETHS. (Agobiada por el remordimiento se deja arrastrar por los guardias, y sin levantar la cabeza dice á Savonarola.)
Padre... Confesion... Bautismo.
SAVON. Tras tí voy.
MIGUEL. (Á Andrés.) Sangre de hermanos
caiga en vuestra frente á rios.
Tú, mártir... adios. (Al cadáver.)
TODOS. (Inclinándose ante él.) Adios.
MIGUEL. (Á Andrés volviéndose desde la puerta.)
¡Cain!...
TODOS. ¡Maldito!... ¡Maldito!...
(Dirigiéndose á Andrés desde la puerta con el brazo extendido y la entonacion solemne. Vánse.)

ESCENA II.

SAVONAROLA y ANDRÉS.

ANDRES. (Ap. por Savonarola.)
(Dejemos muda esta lengua,
—la sola á que hablar es lícito,—
para impedir, si los sabe,
que utilice mis designios.)
SAVON. Tu ambicion en mí una valla
tendrá; medita ántes mucho
si vas á honrarme, y te escucho;
mas si has de ofenderme, calla.
ANDRES. En son de paz llega un viejo
con sus errores cargado,
para, al borde de un pecado,
pediros luz y consejo.
Mas fuerza es la discrecion
volver tan impenetrable,
que exijo que cuanto os hable
lo escucheis en confesion.
SAVON. No por causarme extrañeza

dirijes tu ruego en vano.
Tregua al rencor; ten mi mano,
la voz recoge y empieza.
(Siéntase al pie de la ventana.)

ANDRES. Testigo de tanto horror
como á Florencia amenaza,
no me deja mi mordaza
dar un grito en su favor.
De qué lado está el deber
no alcanzo, y á vos acudo
penitente, á ver si el nudo
debo estrechar ó romper.
(Savonarola empieza á maliciar que es víctima de su engaño, pero prosigue su santa mision.)
Apenas la luz del dia
bañe de lleno el oriente,
el rey Cárlos con su gente,
—de la que una parte es mia,—
vendrá entre aplausos y honores
á hollar la toscana tierra
para renovar la guerra
de Papas y Emperadores.
Si debo impedirlo ó no
cosa es que ignoro aunque puedo.
Ved el cómo... tengo miedo
de estarme escuchando yo.
(Mirando alrededor.)
Ya sabeis que esa campana,
(Por la de la torre.)
cuya lengua de metal
dió ha tres lustros la señal
del rebato, la mañana
que el gran Lorenzo, por suerte,
salvó en la fuga su vida
mientras un Pazzi homicida
daba á su hermano la muerte;
condenada está á escuchar
el tañido de otros bronces
sin que el suyo desde entónces
haya vuelto á resonar.
Pues bien, dictad su sentencia;
cuando el rey en su troton

Saboya penetre al son
de las trompas en Florencia,
mis huestes juramentadas
volveránse en vuestra ayuda
si en esa torre, hasta hoy muda,
resuenan diez campanadas.
No os impongo inícuo trato;
noble auxilio vuestro arrojo.
Decidme, padre, qué escojo,
si el silencio ó el rebato.

SAVON. (Comprendiendo el fin que se lleva Andrés y ahogando su enojo en la obligacion en que aquel le ha puesto de ejercer su ministerio sagrado.)
Conciencia que al cielo invoca
juez de sí misma en él halla.
Si el deber lo veda... calla;
si él no te lo impide... toca.

ANDRES. Ese, padre, es mi tormento;
pues de Médicis privado
vivo á sus planes ligado
por solemne juramento.
Y al disputarse la palma
la traicion y la obediencia,
si fiel soy, mato á Florencia;
si perjuro, pierdo el alma.
Yo, en tal lucha, acudo á vos;
¿mi fe inmolo á mis hermanos?

SAVON. Pones la patria en mis manos...
Mátala; primero es Dios.
Si del sacro juramento
Médicis no te releva,
contigo la carga lleva
tras él del remordimiento.
Pecado y crímen son nombres
distintos, y entre los dos
el perjuro ofende á Dios,
la traicion solo á los hombres.

ANDRES. ¿Debo á Médicis ser fiel?

SAVON. Siempre, mientras dure el pacto.

ANDRES. Lo seré. Fin pongo al acto.
(Se levantan. Savonarola se abandona á la indignacion al no hablar ya con el penitente.)

SAVON. Yo á mi martirio con él;
pues no alcanza mi razon
que, á rastras cual la serpiente,
tu maldad impenitente
profane la confesion.
Conspiras por la señora,
y al ver perdido tu afan
sepultas en mí tu plan
por si indicios de él tuviera.

ANDRES. Teneis malicia...

SAVON. Ó costúmbre
de luchar con el precito.
Dejas, pecador contrito,
que la verdad hoy me alumbre
para matar de este arcano
la induccion ó la evidencia,
que hasta puesta en la conciencia
llevas armada la mano.

ANDRES. Ardides de guerra son
ingeniosos por los cuales
si triunfo de mis rivales
merezco la absolucion;
que esclavo fiel del Eterno,
cuanto político falso,
si hablarais ante el cadalso,
callareis ante el infierno.

SAVON. Ni en tu vejez honra anida.
Canas do el vicio fermente
no son nimbo de la frente
sino baldon de la vida.

ANDRES. Astucia llámese ó dolo
mi objeto al fin he logrado.
Más no os detengo á mi lado;
dejadme, quiero estar solo.

SAVON. Y yo. En las horas que aun puedan
vivir, á Dios rogarán
los felices que se van
por los que míseros quedan.
(Váse por la puerta cerrada que un centinela abre por dentro.)

ESCENA III.

ANDRÉS.

Sepultado en honda sima
ya mi secreto reposa:
nadie romperá su losa
que el cielo le he echado encima.
Ahora á tí: con los pinceles (Al cadáver.)
tu gloria me abofetea,
mas yo á la luz de esa tea
voy á alumbrar mis laureles.
Del sueño que te aletarga
verás, al volver, absorto,
cómo en un plazo tan corto
curo una envidia tan larga!
Con armas iguales llego,
que, en castigo á tu ambicion,
pues fuego es la inspiracion
tomo venganza de fuego.
(Sube á lo alto de la escalera; blande la antorcha y baja con ella en la mano mirando á todas partes con recelo.—Ghirlandajo vuelve en sí y se incorpora.)

ESCENA IV.

ANDRÉS Y GHIRLANDAJO.

GHIRL. ¿Dónde estoy? La luz percibo...
¡Qué horror!... Ya alcanzo mi suerte.
Como era dicha la muerte,
me reclama el dolor vivo.
¿Por qué existencia á tu yugo
con tal teson me encadenas?
¿No habrá quien mate mis penas?...
Respiro... allí está el verdugo.
(Reparando en Andrés.)
Donde va á herirme presiento,
(Por su cuadro.)
que á esa altura trepa enano

para poder con su mano
llegar á mi pensamiento.
Receloso de sí mismo
ya deja su pedestal.
(Viéndole bajar.)
Parece el genio del mal
flotando sobre el abismo.
(Ghirlandajo se recata de Andrés, que con la luz encendida en la mano se para delante del lienzo y lo contempla envidioso.)

ANDRES. ¿Cómo—pregunto en mi espanto—
sin que lo alcance la mente—
siendo tan chica la frente
puede en ella caber tanto?
Siglos los que aun sin edad
sereis del nuestro memoria,
¿cuánto por callar su gloria
quereis?... ¿El crímen?... Tomad.
(Va á aplicar la antorcha al cuadro; Ghirlandajo se la arrebata y la blande á su vez.)

GHIRL. Siglos futuros, que el nombre
del mal teneis ignorado,
ponedle el suyo al pecado;
Se encarnó... vedlo: ya es hombre.
(Alumbrando á Andrés y clavando despues la tea en el suelo.)

ANDRES Tarde llegué. Tu ira afronto
resignado, no cobarde.

GHIRL. Para el tiempo llegas tarde,
mas para el dolor muy pronto.
Tu alma en la traicion curtida
no es recta ni por azar,
que hasta queriendo matar
por ser traidor das la vida.
¿Cómo existo?... ¿Cómo aliento
si fuí tu presa un instante?

ANDRES. Porque tu labio infamante
va más allá del intento.
Órdenes cumpli severas
del que es señor de mi suerte
procurando adormecerte
para que al campo no fueras.

GHIRL. Y lo hiciste sin doblez.
Pero en mi daño ¡oh contraste!
sin entrañas, te acordaste
de tenerlas una vez.
Por la memoria sagrada
que en toda tumba se encierra,
muerto á su dicha en la tierra
yo estaba unido en la nada.
Y al exhumarme no ves
la ofensa que haces á Dios,
pues al juntarme á los dos
nos separas á los tres.

ANDRES. Si ciego instrumento fuí
de tu mal culpa al destino.

GHIRL. Que es tu cómplice imagino.
Mira esa antorcha.

ANDRES. (Con cinismo.) Eso sí.
Mi tesoro, que hice tuyo,
rechazaste con faz torva,
y yo cuando algo me estorba
como pueda lo destruyo.
Del fin de tu obra testigo
no serás.

GHIRL. No hay quien lo impida.
Lo que aún me reste de vida
lo consagro á tu castigo.
(Dirigiéndose al cuadro para pintar.)

ANDRES. Tente. Con mano segura,
por si rompes las cadenas,
llevé en mi filtro á tus venas
el fuego de la locura.

GHIRL. ¿Qué dices?... (Aterrado.)

ANDRES. Que frente á frente
me retas, y en mi reposo
mido tu genio coloso
con mi venganza inclemente.

GHIRL. De esa luz que el cielo envía
quiero hacer que los cambiantes
mi fama te alumbren ántes
de que se apague la mia.
(Corriendo frenético al caballete y deteniéndose al oir á Andrés llamar á los guardias, que acuden á su.

voz por la puerta de hierro.)

ANDRES. ¡Hola!... El suplicio se alzó;
disponte á subir sus tramos.
Ya ves que solos quedamos
tu lienzo, la antorcha y yo.

GHIRL. Mi Gólgotha escalaré
donde me conduces fiero,
mas no sin hollar primero
tu garganta con mi pie.
(Acomete con Andrés que retrocede. Los guardias cruzan sus armas.)

ESCENA V.

DICHOS, PEDRO.

PEDRO. No malgastes un valor (Á Ghirlandajo.)
que lucha con la impotencia.
Me hizo dudar de tu ciencia (Á Andrés.)
tan prolongado sopor.

ANDRES. ¿Morirá?... (Ap. á Pedro.)

PEDRO. (Ap. á Andrés.) Su villanía
no castigo si le pierdo.
Si vive en cada recuerdo
tendrá una nueva agonía.
Corre á dictar la sentencia
donde el tribunal te llama.
Con los hilos de su trama
las horcas teje á Florencia.

ANDRES. Volveré. (En mis manos pon
(Ap. á Ghirlandajo.)
la enseña. Á tu patria absuelve.)

GHIRL. No. Mancha á tu madre. Vuelve
y á Roma incendia, Neron.
(Con gran energía señalándole alternativamente la puerta y el cuadro. Andrés se retira seguido de los guardias)

ESCENA VI.

GHIRLANDAJO y PEDRO.

GHIRL. ¿Qué buscais y á qué venís?
PEDRO. Gratitud, y á sembrar bienes
para recoger desdenes.
GHIRL. ¿Vos?... ¿Con quién os confundís?
PEDRO. (Sonriendo.)
¿Qué presagio en tí despierta
mi voz?
GHIRL. Siniestro, enlutado,
siempre que estais á mi lado
grita el corazon «alerta.»
PEDRO. Con harta severidad
me juzgas; hoy sobre todo,
que á ser nuncio me acomodo...
GHIRL. ¿De qué?...(Con extrañeza.)
PEDRO. De tu libertad.
GHIRL. Es mi suerte tan funesta
que miro el bien con espanto.
Dejad que os pregunte cuánto
limar mis hierros me cuesta.
PEDRO. Nada.
GHIRL. ¿Tanto?...
PEDRO. Extraño modo
de apreciar.
GHIRL. En su valor.
Jurais ser fiel, sois traidor;
decís «nada,» entiendo «todo.»
Y el perdon con que... sincero
me ofreceis la bienandanza
¿tambien á mi gente alcanza?
PEDRO. Sólo á tí.
GHIRL. Pues no lo quiero.
Fuera injusto por demas,
ya que hubo en todos ofensa,
que halle sólo recompensa
quien quiso ofenderos más.

Marchar con seguro pie
tras ellos debo á la muerte.

PEDRO. No es posible.

GHIRL. ¡Cómo!...

PEDRO. (Con insultante intencion.) Advierte
que mi palabra empeñé,
y con sus ruegos las bellas
de tal modo nos socavan
que aunque piden siempre acaban
por ser las que otorgan ellas.

GHIRL. (Con exaltacion al comprenderlo.)
¿Qué mujer por mi perdon
dió en pago su villanía?
No mintais... No fué la mia.

PEDRO. ¿Que otra abriera tu prision?

GHIRL. ¿De este mártir sin fortuna
cuándo ¡oh Dios! te compadeces?
Me ves morir tantas veces
y no me matas ninguna.
Mas... no. La mujer que honrada
vence del amor, que es todo,
no se revuelca en el lodo
por la vida, que no es nada.
Vuestros labios no la ultrajen.
No hay mancha en ella, hay reflejo
que al miraros en su espejo
reproduce vuestra imágen.

PEDRO. De un lugar abierto al culto,
grabándome en las paredes,
me probaste cómo puedes
hacer eterno el insulto.
Y yo, al dejarte la palma,
llevando el odio conmigo,
te impongo eterno castigo
viniendo á herirte en el alma.

GHIRL. Ved que en la fiebre me exalto
de la locura.
(Llevándose las manos á la frente. Desde este momento empiezan á notarse en él indicios de enagenacion.)

PEDRO. ¿Qué tienes?

GHIRL. Que empieza á romper mis sienes

con el fragor del asalto.
Pruebas pido.

PEDRO. Varias son
testigos de mi fortuna.

GHIRL. Dadme una al ménos.

PEDRO. Ten una.

(Dándole el collar que Gabriela entregó á Bethsabé en el final del acto segundo.)

GHIRL. ¡Quema!... Es verdad su traicion.

(Dejándolo caer en el suelo y quedando sumido en la afliccion.)

PEDRO. En las sombras con que espanta
siempre el amor sus recelos
la arranqué para tus celos
de su desnuda garganta.
Pues no quiero que villano
te precies en tu ira loca,
de no haber puesto la boca
donde yo puse la mano.

GHIRL. No halla la frase manera
de llegar hasta el intento:
buscad en el pensamiento
la injuria que más os hiera,
y os la infiero por agravio
pidiendo á Dios que, aún dormido,
no encontreis para el oido
más apoyo que mi labio.
Si en él vuestra audacia supo
dejar un borron impreso,
por traicion la mano beso,
mas frente á frente la escupo.
Pues sois tan cobarde vos
que la saña que os rebosa
cebais en patria y esposa
porque son hembras las dos,
ya que la sangre os es grata
venidme en el pecho á herir.

(Pasando de la violencia al abatimiento al ver que todas sus duras frases no consiguen excitar á Pedro.)

Comprende que ansío morir
y le insulto y no me mata.
De mi tormento apiadaos.

PEDRO. Corra del dolor la fuente.
GHIRL. Ved que ya siento en mi frente
la masa bullir del caos.
Dejad que mis venas abra.
Vuestro acero. (Avanzando.)
PEDRO. El paso ten.
Dí mi palabra.
GHIRL. Pues bien...
yo os devuelvo la palabra.
(Abofetcándole el rostro. Pedro saca su puñal, pero se detiene al ir á herirle.)
PEDRO. ¡Miserable!
GHIRL. (Aguardando el golpe.) ¿Aún no?... La idea
dais del enojo al olvido
que no herís al que atrevido
la cara os abofetea?
PEDRO. Juramento soberano
por tu vida hacer me plugo,
pero tambien el verdugo
sabe cortar una mano. (Váse.)
GHIRL. Id en su busca, y por Dios
que en ello no andeis remiso
Si tardais va á ser preciso
que me mutilen las dos.

ESCENA VII.

GHIRLANDAJO.

Huye el amor ante el dolo;
mi gloria conmigo acaba;
sucumbe Florencia esclava;
no cabe duda, estoy solo.
Con su oprobio mi existencia
rescata la fementida;
cuando yo daba esa vida
para premiar su inocencia.
Juntaste sus labios rojos,
juzgando en tu noble acceso
no ser testigo del beso
porque cerrabas los ojos,

y en vez de puras delicias
—con las pupilas abiertas—
sorprendes cuando despiertas
un mercado de caricias.
(Los signos de la locura empiezan á acentuarse en progresiva y rápida ascension, siendo uno de los más ostensibles la multiplicidad de ideas contrarias que le acosan.)
La injuria; es honrada, es fiel,
pues nunca en mi pensamiento
nada infame tuvo asiento,
y ella un trono ocupa en él.
(Tropezando con el collar y contemplándolo.)
Mas no... la disculpo en vano,
que rota es nuncio de horror
la que era valla de honor
entre un seno y una mano.
La razon presumo ya
que me abandona inclemente;
brota una idea en mi mente,
pasa, da un golpe y se va.
Tenaz persigo la huella
de la que borróse ha poco.
(Tratando de recordar.)
¿Patria?... No. ¿Gloria? Tampoco.
¿Amor?... Sí... Su imágen... ¡Ella!
(Dando con la idea y acariciándola con entusiasmo.)
Ponerla mi afan medita
de mi Lucrecia delante
para ver si en el semblante
lleva la inocencia escrita.
Y si el rostro su altivez
á mis pinceles trasmite,
la fama haré que en desquite
cuente al mundo su honradez.
(Dando gritos en su exaltacion y dirigiéndose á la puerta, que vé cerrada.)
Gabriela... acude. ¿Qué aguardas?
Romper no es dable este encierro,
que tiene puertas de hierro
sobre muros de alabardas.
(Se echa á correr á lo alto de la galería.)

Por aquí. La condicion
no hay quien de mí sino tuerza.
Por todas partes la fuerza,
por ninguna la razon.
(Mirando por la ventana del trascoro que hay sobre la meseta de la escalera y viendo guardias dentro. De pronto cree apercibir á Gabriela y clava su rostro en los vidrios.)
¿Qué sombra es una que al duelo
sucumbe al pie de esta ojiva
pues reza á Dios que está arriba,
clavando el rostro en el suelo?
¿No es Gabriela? Sí. El dolor
hácia ella tiende los brazos...
Salta, vidrio, hecho pedazos.
(Destrozando á golpes la vidriera.)
¡Qué fragil!... Parece honor.
No me engañaba el deseo.
(Contemplándola.)
Pronto. (Disponiéndose á entrar.)

SOLD. (Dentro.) Alerta.

GHIRL. Calla.

SOLD. (Dentro.) Alerta.

GHIRL. No me fugo; abro esta puerta
para dar paso á otro reo.
(Desaparece por la rota ventana.)

ESCENA VIII.

GHIRLANDAJO y GABRIELA.

GAB. ¡Socorro! (Dentro.)

GHIRL. (Arrastrándola tras sí.) Entra aquí.

GAB. ¡Favor!
(Quédandose los dos en lo alto de la escalera. Gabriela embargada por la alegría al reconocer á Ghirlandajo.)
¡Tú!... Á mi lado... Vivo!...

GHIRL. Ingrata.

GAB. ¡Qué fuerte soy!... No me mata
la dicha.

GHIRL. Ní á mí el dolor.
Como en su concha la perla
pura te miré hasta el dia.
¿Qué has hecho de la honra mia?
GAB. Lo que siempre... defenderla.
GHIRL. Mientes.
GAB. Lo juro. (Acariciándole.)
GHIRL. Impostora.
Si hasta de amarme da indicio.
GAB. ¿Quién despues de un sacrificio
tan gigante no te adora?
GHIRL. ¡En qué punto el bien me ofrece!...
Cuando ignoro si en rigor
loco deliro de amor
ó cuerdo amor me enloquece.
Ven y á mis ojos te precia
de esclava en tu deber,
que estoy ansiando saber
lo que hay en tí de Lucrecia.
(Tirando de ella en su vértigo para obligarla á bajar de la meseta.)
GAB. La virtud sin el delito.
GHIRL. Baja á evocar su memoria.
GAB. (Asustada y presintiendo la verdad.)
¡Ghirlandajo!
GHIRL. Con mi gloria
llena el espacio infinito.
GAB. ¿Qué intentas?
GHIRL. Iras provoco
de una furia del averno.
GAB. ¿Qué tienes?
GHIRL. (Sujetándose la frente.) Aquí un infierno.
GAB. ¡Jesús!... ¡Qué horror!... ¡Está loco!...
(Baja la escalera despavorida y cae arrodillada junto á su collar.)
GHIRL. Se acercan. Te amparo yo.
Si eres falsa á Dios no invoques.
(Levantándola bruscamente al ver que ella tiene los ojos fijos en el collar.)
Deja el collar, no lo toques...
Ese es frágil, este no.
(Echándole sus brazos al cuello y retando con su

actitud á Pedro y á Andrés, que los primeros aparecen en la puerta seguidos de los reos. Los guardias se diseminan por la escena y algunos ocupan las alturas. Bethsabé apoyada en el hombro de Savonarola está sumida en el más profundo abatimiento.)

ESCENA IX.

GABRIELA, BETHSABÉ, GHIRLANDAJO, MIGUEL ÁNGEL, PEDRO, SAVONAROLA, ANDRÉS, COSME, FABRICIO, CONJURADOS y GUARDIAS.

PEDRO. Miradle allí.
TODOS. ¡Señor! (Rodeando á Ghirlandajo.)
SAVON. (Besándole.) De espanto mudo
nuevo Lázaro en tí besa el cautivo.
MIGUEL. ¿Quién reanimar vuestro cadáver pudo?
GHIRL. Lo ignoro; mas ya veis: dicen que vivo.
GAB. (Ap. á los conjurados.)
Con la razon perdida, y sin conciencia
de mi virtud que defendí con celo.
TODOS. ¡Qué horror!
MIGUEL. (Ap.) (Lo que alumbró la Providencia
lo apaga el mal en donde cierne el vuelo.)
PEDRO. (Mirando por la ventana.)
Como el campo de espigas la corriente
del viento riza, con que el mar simula,
de la inquietud al soplo ya la gente
se apiña y bulle y en la plaza ondula.
Pronto al son del clarin en el convento
se mezclarán los cánticos de hosanna,
y al monarca le hareis acatamiento
cadáveres flotando en la ventana.
Disputarme no intente la señera
la ambiciosa y revuelta señoría.
SAVON. ¿Quién la infamia por Dios como él tuviera
para salvarte hablando, patria mia?
ANDRES. (¿Qué profiere?) (Ap. y alarmado.)

TODOS. ¿Es posible?
GHIRL. (Á Savonarola amenazador.)
¿Esos arcanos
por callar permitís que ella sucumba!
SAVON. Juntos luego á mi madre y mis hermanos
le contaré mis penas en la tumba.
GHIRL. Salvadla.
TODOS. (Suplicantes.) Sí.
SAVON. (Á Ghirlaudajo.) Las manos atrevidas
pon en el astro rey que el mundo esmalta.
GHIRL. ¡Locura!
SAVON. Pues que borre no me pidas
la ley del Redentor, que está mas alta.
Llevadnos á morir.
GHIRL. Ántes que al nudo
ceda la voz en la garganta, amigos,
del tribunal á cuyo fallo acudo
para que mi honra juzgue sed testigos.
(Todos se unirán con extrañeza atribuyendo á la locura sus palabras, menos Bethsabé y Savonarola ocupados en la reconciliacion espiritual precursora del bautismo.)
PEDRO. ¿Adónde, audaz, con tu querella subes?
GHIRL. Lavarla ó sucumbir quiero al agobio.
Dar con la frente limpia allá en las nubes
ó sepultar mi fama con mi oprobio.
(Enseñando el cuadro.)
Mirad mi concepcion.
TODOS. (Admirándolo.) ¡Oh!
MIGUEL. ¡Qué portento!
ANDRES. (Ap.) (Ni con tus gritos me denuncies, ira.)
PEDRO. Joya es, más incompleta.
GHIRL. De un aliento
le voy término á dar si hay quien me inspira.
(Á Gabriela con la exaltacion que irá creciendo hasta el final.)
Pues de Lucrecia la altivez compartes,
y eres digna de que honren tu memoria,
haz la tuya en los fastos de las artes
émula de su página en la historia.
(Pedro le oye con extrañeza. Andrés envidioso domina en vano sus ansias y busca la manera de

evitar que Ghirlandajo pinte.)

ANDRES. Ya el tiempo avanza... su razon delira
(Á Pedro.)
y escucharle, señor, es imprudencia.

PEDRO. No. (He de ver si la hipócrita mentira
se atreve á alzar la frente en mi presencia.
(Á Gabriela tomándola aparte con Ghirlandajo.)
¿Osas negar que anoche con hastío
premiaste del amor ansias crueles?

GAB. (Espantada y comprendiéndolo todo.)
¿Yo?

GHIRL. ¡Adúltera mujer!

GAB. No el labio mio,
mi honor responderá. Ten los pinceles.
(Dándole ella misma la paleta á Ghirlandajo.)

GHIRL. Abridme paso, que en febril alarde
cuánto es honda mirar quiero mi herida.
(Corriendo al caballete.)

GAB. (Quitándole el puñal á Pedro.)
Númen, despierta.

PEDRO. (Retrocediendo.) ¡Atrás!

GAB. No huyais, cobarde.
Busco la inspiracion, no vuestra vida.
(Gabriela apoyándose en el barandal de la escalera que está del lado de la ventana sirve de modelo á su marido tomando la actitud que guardaba al empezar la obra. Ghirlandajo de pie sobre los últimos gradines del escabel se dispone á pintar. Miguel Ángel, Cosme, Fabricio y los Conjurados detrás de él, miran con entusiasmo como trabaja. Andrés junto á Ghirlandajo devora su envidia. Pedro sobre las gradas de la escalera y apoyado en el barandal de la parte de la Vírgen contempla el cuadro. Bethsabé, arrodillada junta á la pila del agua bendita que hay en el remate del mismo barandal aguarda que Savonarola le dé el agua del bautismo.)

BETHS. (Á Savonarola.)
El Jordan purifique mis delitos.

SAVON. ¿Tu nombre?

BETHS. El de Florencia mi fé aclama.
(Que así, cuando la patria invoque á gritos

podré soñar al menos que me llama.)
(Se pone á reconciliarse en confesion con el Padre Savonarola. Óyense ecos lejanos de trompas que van aproximándose, pero de modo que no apaguen la voz de los actores.)

PEDRO. Ya el son vibrante del clarin resuena.
(Ordenándolo.)
Salmos entonen en la nave oscura.
(Á Ghirlandajo.)
Tú del martirio alarga la cadena
con el nuevo eslabon de la impostura.

GHIRL. (Á Gabriela aterrada y desde el escabel.)
Las huellas borra del pecado horrendo.
Sé como el sol que en la tormenta airada,
los párpados de nubes entreabriendo,
funde la tempestad con su mirada.

GAB. (Ap.) (Gigante ayer, para calmar mis penas,
con la muerte hizo eterna su memoria.
Sé digna del titan; rompe tus venas
para abrirle el camino de la gloria.)
(Recatándose de todos se clava el puñal en el costado izquierdo y queda en una sublime actitud que arrebata á Ghirlandajo al encontrar en ella su ideal. Los clarines vuelven á sonar más cerca, y el órgano en el coro deja oir un *Te-Deum* que se prolonga hasta el fin del drama.)

GHIRL. ¡Sublime indignacion, ese es tu rostro!
Por nimbo ciñe la verdad su frente.
Mis armas rindo, á tu virtud me postro.
Miradla bien: el que la acuse miente.

PEDRO. Virtud no fué jamás, sino pecado
permitir que una trenza de cabellos,
por amor, ó por vicio, ó por mercado
pueda ostentar el que jugó con ellos.
(Arrojando sobre Ghirlandajo una trenza de cabellos.)

TODOS. ¿Qué?

GHIRL. (Interrogando á Gabriela.)
¿Su labio mintió?

GAB. (Á Pedro.) Dando un rugido,
—la víbora al sentir que le envenena,—
como el leon en el desierto herido.

yo os azoto la faz con la melena.
(Dando unas sacudidas con la cabeza y dejando flotar sus cabellos que le envuelven el rostro.)

BETHS. Y en tanto yo, para lavar la mia,
sumo en el polvo la cerviz liviana.
(Se quita las tocas, y arrodillándose de frente á la Vírgen deja ver al público su trenza mutilada.

MIGUEL. (Destacándose del grupo y corriendo al lado de Betshabé, cuya cabeza señala á los demas clavados en sus puestos.)
¡Mártir!

GHIRL. ¡Cómo!... ¿Ella fué?...

TODOS. Sí.

PEDRO. ¡La judía!

SAVON. Que en el nombre de Dios hago cristiana.
(Arrojando sobre la cabeza de Betshabé el agua que con el hueco de las manos toma de la pila.)

PEDRO. Un pliego te entregué que de su cuna
nos ha de abrir vengándome el arcano.
(Bajando á donde está Betshabé y exigiéndole la carta que Andrés ocultó bajo su planta al final del acto primero, que abierta tiende la neófita á Pedro)

MIGUEL. La carta de mi padre.

PEDRO. Por fortuna
la guardó. Ve. (Dándosela á Miguel.)

MIGUEL. (Leyendo con asombro.) ¡Jesús!

TODOS. ¿Qué?...

MIGUEL. (Á Gabriela echándose en sus brazos.)
Soy tu hermano.

TODOS. ¡Él!

MIGUEL. Mira. (Enseñándola la carta que ella rehusa leer.)

GAB. (Extasiada.) En el cristal de mi conciencia
basta poner los ojos para verlo.

PEDRO. (Á Ghirlandajo.)
De su incestuoso amor tan la evidencia.

GAB. Mentís, que si es mi hermano puede serlo.
(Estrechando febrilmente á Miguel, que horrorizado al descubrir la herida quiere gritar; pero ella, para consumar su sacrificio se lo impide, poniéndole la mano en la boca.)

MIGUEL. ¡Sangre!

GAB. Calla.

MIGULL. ¡Qué horror!
GAB. (Ap. á Miguel.) (No des un grito,
ya que el cielo prolonga mi agonía.)
(Alto á Ghirlandajo volviendo á tomar la inspirada actitud de ántes.)
Genio: con tu pincel en lo infinito
tu nombre graba junto á la honra mia.
TODOS. Sí. (El entusiasmo domina á todos.)
GHIRL. Manes de Lucrecia, yo os evoco
del templo de la fama sobre el atrio.
Romana libertad, permite á un loco
sembrar tu germen en el suelo patrio.
MIGUEL. (Mirando el lienzo sin separarse de Gabriela.)
La indignacion encárnase en el lienzo.
COSME. ¡Qué asombro!
ANDRES. (Ap.) (Envidia, calla.)
FAB. (Admirado.) Me confundo.
GAB. Pronto. (Desfalleciendo.)
GHIRL. Un instante más y acabo y venzo.
SAVON. Con esa concepcion se llena el mundo.
ANDRES. (Ap. á Ghirlandajo trepando al escabel.)
(Yo te la compro.
GHIRL. ¿En cuánto?
ANDRES. (Todo esto ap.) Á tu conciencia
deja la tasa. Mi ansiedad concíuya.
GHIRL. Pon la suerte en mis manos de Florencia.
ANDRES. ¿Tanto?
GHIRL. (Amenazándole con pintar.)
Ó me hago inmortal.
ANDRES. Detente... Es tuya.)
(Se echa á correr á la torre.)
GAB. (Desplomándose.)
No puedo más.
MIGUEL. ¡Favor!...
TODOS. (Acudiendo.) ¡Oh!
SAVON. ¡Qué honda herida!
GHIRL. Siempre brota á mi paso un dolor nuevo.
(Incorporándola en sus brazos.)
Desgraciada, qué has hecho con tu vida?
GAB. Pagarte un sacrificio que te debo.
(Le da un beso y cae muerta.)
GHIRL. ¡Muerta!

SAVON. Sí; Dios lo quiere.

GHIRL. ¡Ábrete abismo!

(Óyense diez campanadas en la torre y la trompetería acércase unida á los cánticos sagrados.)

PEDRO. ¿Por qué da esa campana son nefando?

(Reaccion en todos.)

SAVON. Para decir que están á un tiempo mismo
subiendo el ángel y el traidor bajando.

(Pedro, comprendiéndolo todo recoge el puñal que está en el suelo y sube precipitadamente á la torre.)

GHIRL. (Á Miguel, señalándole el cadáver en que aquel tiene puestos los ojos y obligándole á dirigirlos al cielo.)

No mires; los despojos se consumen.
Alza, si verla quieres, la cabeza.

MIGUEL. No es dolor.

GHIRL. ¿Cómo!...

MIGUEL. Es peso. Está mi númen
levantando un sepulcro á su grandeza.

(Óyense gritos en la plaza.)

SAVON. Ya el clamor de la audaz trompetería
del pueblo ahogar la voz pretende en vano.

PEDRO. (En lo alto de la escalera.)

Con su sangre pagó su villanía.
Pronto; arqueros á mí. (Bajando.)

TODOS. ¡Muera el tirano!

(Las tropas amenazan con sus armas á Pedro, que huyendo busca amparo en la ventana.)

PEDRO. La rebelion estalla.

TODOS. Abajo Pedro.

PEDRO. Vuestro bárbaro grito no me arredra.
No se abate la encina.

GHIRL. Pero el cedro
sucumbe á los abrazos de la hiedra.

(Orimiendole con los suyos.)

PEDRO. Basta. (Luchando.)

GHIRL. Suelen cambiarse los destinos.
Tus cadenas ceñí, sufre mi yugo.

(Hablando á los de la plaza.)

Conducidle al cadalso, florentinos,
aunque llegue cadáver al verdugo.

(Le arroja por la ventana. Gritos en el pueblo. Todos se miran atónitos.)

Y porque nunca intente á mi conciencia
reclamar la traicion su vil salario,
cuanto tengo le doy.

(Rompe el cuadro con el mango de un pincel, rasga el lienzo y corre á cubrir con él el cadáver de Gabriela.)

TODOS. ¡Oh!...

GHIRL. Su inocencia
debe tener mi gloria por sudario.

FIN.

NOTAS.

Llegados á la edad de diez y ocho años, los hombres vestían en la ciudad hopa de sarga burda negra y talar. Las de las personas de respeto, más ricas, forradas de tafetan ó de armiño, y abiertas por delante y por los costados para sacar los brazos, se llamaban *lucco*. Poniánsela sobre *el casaco*, sayo, sotana ó vestido corto.

El manteo era otra especie de lucco, cubriendo un saco de terciopelo.

El capuz constaba de tres partes.

El *marocchio* ó círculo para cubrir la cabeza. La *foggia*, pedazo que pendiendo sobre los hombros garantizaba la mejilla izquierda.

Y el *biquinho*, tira bordada del mismo paño, hasta el suelo, que se pasaban por el hombro, liándosela al pescuezo y tapándose con ella la cabeza cuando querían abrigarse ó recatar el rostro.

El *pappafico* era otro capuz que sólo cubría las mejillas.

Por la noche usaban *tocas* y capas á modo español.

El traje de casa era el *balandran*.

Para saludar no se quitaban el capuz, á no ser al magistrado supremo, á obispo ó cardenal, sino que lo levantaban como dos dedos por delante, inclinando al mismo tiempo la cabeza.

En las mujeres el lujo era inmenso, y el tocado se ajustaba al capricho de cada una.